

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 19 de la *Moda*.

1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, pasage saunier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 873.

SUMARIO.

Viaje á Córcega de S. M. la emperatriz y del príncipe imperial; grabados. — Curiosidades parisienses. — Revista de París. — La nieta de Roy-Perez. — El istmo de Suez; grabados. — El bello ideal del matrimonio. — El escultor Dantan; grabado. — Exposición Internacional en Amsterdam; grabados. — Curiosidad literaria. — Tradición de los rabinos de Jerusalem. — Problemas de ajedrez; grabado. — Ferro-carril de Aurillac á Murat; grabados.

Viaje á Córcega de S. M. la emperatriz

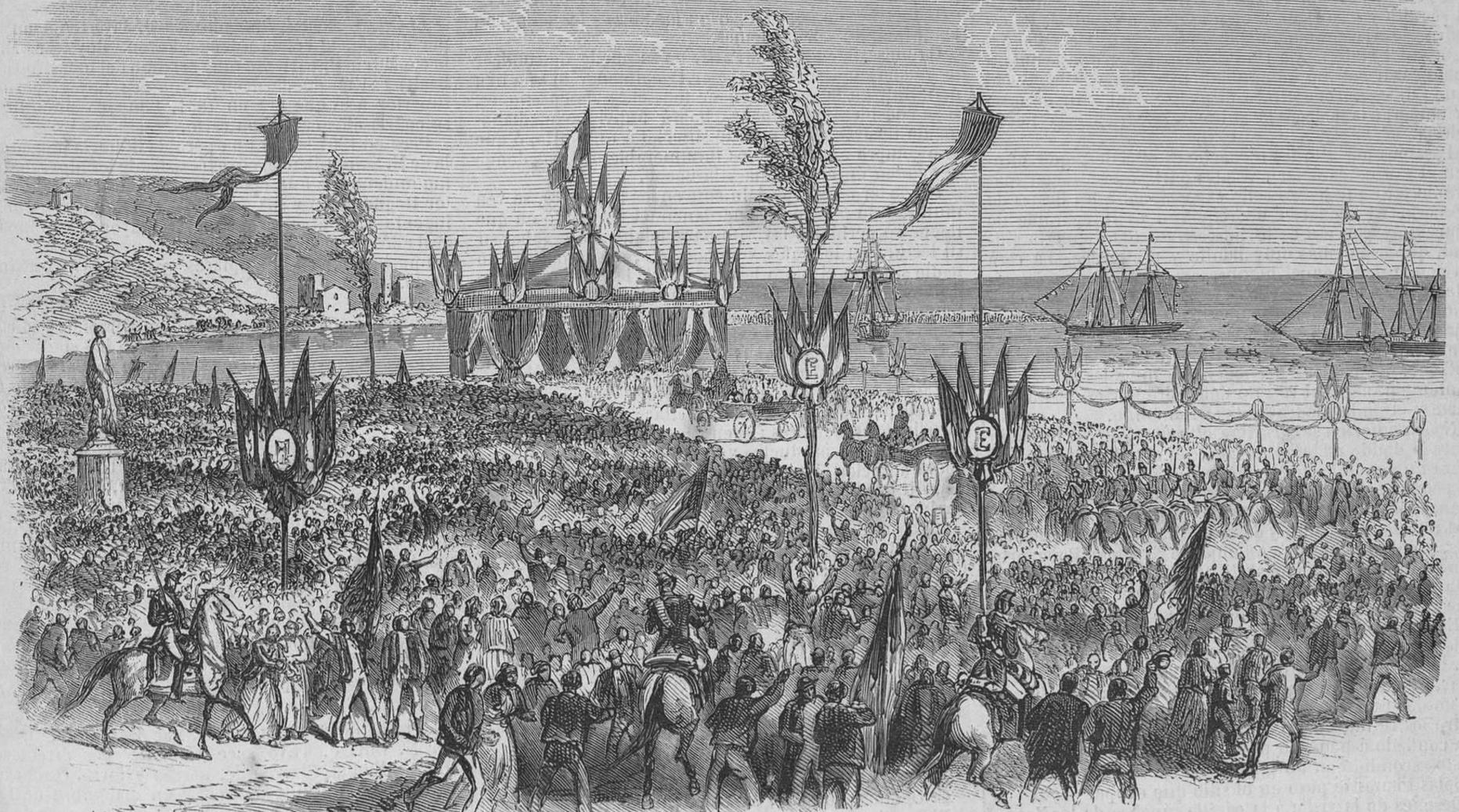
Y DEL PRÍNCIPE IMPERIAL.

(Continuación.)

El mar estaba un tanto alborotado á la salida de Tolon; pero esto entorpecía muy poco la navegacion del yacht imperial el *Aigle*. Al rayar el alba descubrimos

en lontananza las montañas de Córcega. El tono es mas subido que en la Provenza; sin embargo, los aspectos cambian poco. La belleza del Mediterráneo no varia.

Estamos en alta mar, y ya oimos los vivas de la muchedumbre que nos anuncian la acogida que nos espera. Por todas partes se alzan arcos de verdura y de flores; todas las casas están colgadas y las calles atestadas de gentes de la ciudad y de los contornos. En Bastia y en toda su jurisdiccion, el 28 de agosto de 1869 es un dia de fiesta universal.



Viaje á Córcega de la emperatriz y del príncipe imperial. — Recepcion de S. M. á su llegada á Bastia.

Habian preparado un elegante desembarcadero para recibir ceremoniosamente á la emperatriz; pero el mal estado del mar impidió que sirviera. El yacht imperial entró en el puerto viejo, y la escalera de todo el mundo sirvió para el desembarco. Salvo este ligero accidente, el programa se cumplió en todas sus partes.

El prefecto del departamento, M. Gery, hizo los honores de la Córcega á la emperatriz y al príncipe imperial. De Ajaccio habia corrido á Bastia para saludar el primero á la soberana. A su lado estaba M. Piccioni, alcalde de Bastia, que pronunció un discurso en donde expresaba los sentimientos que por todas partes íbamos á encontrar en la isla.

En Bastia, como en las demás ciudades, la primera visita de la emperatriz es á la iglesia. No insistiré en la recepcion que se le hizo en Santa María, que los indígenas llaman catedral, aunque el obispo resida en Ajaccio. Hoy en Córcega domina un solo sentimiento del que participan las clases todas de la población. Al salir de la iglesia la emperatriz, acompañada de su hijo y de las autoridades del departamento, se dirigió hácia los Campanelle, donde puso la primera piedra de un hospicio civil que llevará el nombre de Santa Eugenia. Aquí M. Gery pronunció un discurso que conmovió hondamente á la concurrencia, muy propio de las graves circunstancias políticas en que nos hallamos. Nuestro primer dibujo representa la interesante ceremonia que motivó aquel discurso.

Poco hablaré de las presentaciones que siguieron, pues no haria otra cosa que repetir aquí lo que se ha dicho sobre otras ceremonias del mismo género. Todas estas fiestas se parecen; pero lo que debo mencionar muy particularmente, es el batallón de jóvenes voluntarios corsos que organizó el hijo del doctor Conneau para servir de escolta al príncipe imperial. El uniforme de lienzo gris y el correa amarillo les sientan á las mil maravillas. Son los verdaderos hijos de un país que el sol cubre continuamente de caricias. Todo en ellos es viveza, inteligencia y alegría. Los dibujé en el momento en que desfilaban al frente del palacio de la princesa Bacciochi.

Nada mas tengo que decir acerca de Bastia. Para completar el cuadro, tendria que hablar de las multitudes entusiastas, de las escenas en que se apela á una clemencia augusta en favor de bandidos que desde hace treinta años viven en la montaña, de las iluminaciones y los fuegos artificiales... y Ajaccio nos reclama, Ajaccio adonde se dirige por mar la emperatriz.

Son las ocho de la mañana. Desde el amanecer, toda la ciudad está de pié, y como en Bastia, entra en la muchedumbre la mitad de la isla. La escuadra de evoluciones del Mediterráneo está anclada en la rada, y hay fiesta por todas partes, por tierra y por mar.

Algunos minutos antes de las nueve, el vigía señala el yacht imperial en el horizonte, y un instante despues una primera salva de artillería anuncia que la emperatriz y el príncipe imperial pasan al frente de la escuadra. Todos los buques saludan. Con la formidable voz de las gruesas piezas de artillería se mezcla el sonido de las campanas; pero lo que domina todo son los hurras de los marinos y los vítores de la multitud. Si no se hubiera asistido á la recepcion de Bastia, no se podria creer que llegase á tal grado el entusiasmo humano.

La emperatriz y su hijo desembarcan, y les recibe el alcalde de Ajaccio con el discurso de rigor en la mano. Las principales autoridades civiles y militares forman el séquito y se dirigen á oír misa en la catedral. La catedral de Ajaccio nada notable ofrece á la vista del artista y del viajero, y así no es de extrañar que se quiera reemplazar con un monumento mas digno de la ciudad y de Córcega. Todo estaba dispuesto, y al salir de misa la emperatriz colocó la primera piedra de la nueva iglesia.

Pasamos por alto las recepciones oficiales, que ofrecen el mismo carácter en todas partes, para llegar mas pronto á lo que da un sello excepcional á las fiestas de Córcega. El recuerdo de Napoleon es inseparable de Ajaccio, y por eso se le busca ante todo en esta ciudad, que es además muy bonita y pintoresca. La casa en donde nació aquel hombre extraordinario recibe visitas continuas. No se conserva como estaba hace cien años, sino que la han levantado un piso, y hasta la han añadido varias construcciones. Sin embargo, los bajos y el principal se hallan lo mismo que cuando nació Napoleon, y en ellos se encuentran muebles y retratos contemporáneos, el retrato del padre Carlos de Buona parte y el de la madre Leticia Ramolino.

No sin emoción se atraviesa el umbral de esa humilde morada donde nada anuncia el lujo y la grandeza. La pieza en donde nació Napoleon, el 15 de agosto de 1769, es pequeña, y tiene el suelo de ladrillos. Sobre la chimenea, bastante grande, hay un espejo de estilo Luis XV. Los retratos del padre y de la madre ocupan los dos lados, y enfrente hay una estampa de Napoleon Bonaparte con el uniforme de oficial de artillería. Parece ser que esta estampa fué hecha y enviada en el momento en que recibia el jóven el mando del ejército de Italia.

En ese modesto cuarto hubo una escena que he dibujado. La emperatriz, tan sola como puede estar una soberana en semejantes circunstancias, quiso visitar ese cuarto donde paró algunos instantes, y cuando salió, el busto del príncipe imperial estaba sobre la chimenea entre los retratos de los abuelos. La emperatriz no habia confiado á nadie su proyecto: ella misma entró el busto escondido en un pliegue de su vestido, y con sus propias manos le puso en el sitio que ocupa.

Despues de la visita á la capilla fúnebre de los Napo-

leon y al museo Fesch, el príncipe imperial emprendió una excursión á la gruta que frecuentaba Napoleon en su niñez.

La emperatriz, muy cansada, habia pasado la noche á bordo del *Aigle*, y al rayar el alba, el príncipe estaba en pié y dispuesto á continuar las fatigas de los dias anteriores. Entonces se resolvió la excursión. En cuanto apareció en el muelle de desembarco, el príncipe imperial fué saludado con un entusiasmo indecible. Mas aun: la muchedumbre dió escolta al carruaje, que llegó con esta inmensa afluencia á la gruta. Nadie podria contar todas las manos que fué preciso estrechar, ni las señales de simpatía que hubo que recibir.

Los caminos de las montañas no son tan cómodos para los carruajes como los de las cercanías de Paris, y esto se notó bien cuando el príncipe, despues de visitar la gruta, lo que no fué largo, pues no presenta mas interés que el recuerdo de Napoleon I unido á ella, quiso volver á tomar la direccion de Bastia. El carruaje habia llegado lo mas cerca posible de la gruta; mas cuando quiso dar la vuelta, se vió que era imposible. Hubo que retroceder, para lo cual fué preciso empujar á la muchedumbre que habia levantado al príncipe en sus brazos. La escena valia un dibujo.

Otras muchas cosas tendria que decir sobre las recepciones de grande aparato, las iluminaciones y los fuegos artificiales; pero esta carta va siendo ya larga: el lápiz me es mas familiar que la pluma, y me detengo.

J. L.

Curiosidades parisienses.

LA PRENSA PERIÓDICA.

I.

La imprenta en Francia. — Su importancia. — Los periódicos de Paris. — Su redaccion. — Número de suscritores de cada uno. — Estadística. — *La petite presse*.

Empresa difícil, aun mas, empresa imposible seria la de pretender negar la inmensa importancia que los periódicos de Paris tienen, no solo en el mundo de las ideas, sino en el espíritu del comun de las gentes. ¿A dónde no llegan ellos? ¿A dónde no alcanza su influencia? ¿A dónde no se extiende su poder?

A cualquier país de Europa al que uno se dirija, allí encontrará junto á sus propios diarios los órganos mas conocidos de la prensa parisiense; el *Diario de los Debates*, el *Constitucional*, la *Prensa*, el *Siglo*.

No hay gabinete de lectura en el que no existan esos y otros varios; no hay circulo ni café en el que no aparezcan algunos; no hay hotel inglés, alemán ó italiano que no posea siquiera un diario que ofrecer á sus huéspedes.

Sin duda la prensa inglesa ejerce mayor influjo que la francesa dentro de su nación; pero como no circulan tanto sus periódicos en el extranjero, y como está menos extendido el conocimiento de la lengua en que se escriben, resulta que la circulación es mucho menor; y que á consecuencia de eso carecen de la facultad de extenderlo y de popularizarlo; las ideas y los nombres, los principios y los sistemas.

Circunscribiéndonos á Paris, no se puede desconocer lo mucho que han de trabajar la opinion y lo que han de influir en la resolución de toda clase de cuestiones, si se considera que apenas habrá individuo medianamente ilustrado que no esté suscrito á un diario, ó que solo compre en uno de los innumerables kioscos donde se venden durante el dia y la noche.

Por la tarde, y especialmente en los bulevares, se ven multitud de personas aguardando el momento en que llegue su periódico favorito para adquirirlo y saborear su lectura en los cafés y *restaurants*; no toma asiento nadie sin que el mozo le traiga ó él le pida un diario ó una revista; y por último en las estaciones de los caminos de hierro, como dentro de los wagones, no hay viajero que, aunque la expedición sea corta, no se provea del *Figaro*, el *Gaulois* ó la *Liberté*, los tres periódicos que venden mas números sueltos.

Vamos pues, á dar una ligera idea de lo que es la prensa periódica de Paris; á citar sus directores y principales redactores; y en fin, á indicar cuáles son en general los productos y los gastos. De ese modo se podrá apreciar bien lo que hemos apuntado, y se formará juicio exacto de la importancia de cada uno y del conjunto de la importancia de todos.

Hé aquí ahora los nombres de los principales periódicos políticos, el año en que se fundaron y el partido á que pertenecen:

La Gaceta de Francia, en 1631. (Legitimista.)
Diario de los Debates, en 1789. (Orleanista.)
Monitor Universal, en 1789. (Tercer partido.)
El Constitucional, en 1815. (Idem.)
La Prensa, en 1836. (Idem.)
El Siglo, en 1836. (Radical.)
La Patria, en 1841. (Imperialista.)
La Union, en 1847. (Legitimista.)
El País, en 1848. (Imperialista.)
La Opinion Nacional, en 1859. (Radical.)
El Mundo, en 1860. (Católico.)

El Tiempo, en 1861. (Radical.)

La Francia, en 1862. (Imperialista.)

El Porvenir Nacional, en 1863. (Radical.)

La Libertad, en 1865. (Ultra-liberal.)

El Universo, resucitado en 1867. (Católico.)

El Público, en 1868. (Imperialista.)

El Nacional, en 1868. (Radical.)

El Diario de Paris, en 1868. (Tercer partido.)

El Pueblo Francés, en 1868. (Imperialista.)

El Universal, en 1869. (Ultra-liberal.)

Total, 21, sin incluir el *Diario Oficial del Gobierno*, que corresponde á lo que en España es la *Gaceta de Madrid*.

Existen además de estos, y de carácter diferente, pero de grande circulación algunos, los que se llaman aquí de la *petite presse*; entre ellos debemos citar:

El Figaro, creado en 1860. (Sin color fijo.)

El Galo, en 1868. (Idem.)

El Paris, en 1868. (Ultra-liberal.)

El Despertar, en 1868. (Republicano.)

La Llamada, (*le Rappel*), en 1869. (Idem.)

Los restantes en número infinito, no merecen figurar en este cuadro por su escasa importancia.

Escribamos ahora rápida y someramente la historia de cada uno de los órganos de la opinion pública en Paris.

La Gaceta de Francia, fundada por el médico del rey Luis XIII, Teofastro Renaudot, se halla hoy dirigida por M. Gustavo Janicot.

A pesar de su representacion legitimista, es eminentemente liberal, como que su divisa impresa debajo del título es: *Todo por el pueblo y para el pueblo*. No la desdeñaria ciertamente un periódico republicano.

La importancia de la *Gaceta* es mayor que su circulación, pues tira solo 7,500 ejemplares, de los cuales expide 5,200 por el correo.

La redaccion política y literaria de el *Diario de los Debates* continúa distinguiéndose por las cualidades de estilo que la colocaron desde el principio en un lugar eminente. Si se exceptúa á M. de Chateaubriand, sus antiguos redactores no tenian mas talentos ni mas ilustracion que los actuales: MM. Allouy, Baudrillard, Bertsot, Chasles, Caraguel, Miquel Chevalier, Cuvillier Fleusy, Deschamel, Franck, Saint-Mare Girardin, Julio Janin, Laboulaye, John Lemoine, Prevost Paradol, Luis Ratisbonne, Renan y Taine.

Imprime 5,800 números, y envia 5,000 á provincias.

El Monitor Universal, fundado por M. Panckouke, fué durante muchos años el órgano del gobierno, siendo al mismo tiempo de propiedad particular. Desde 4º del corriente año, y á consecuencia de las dificultades que ofrecia esta combinacion, ha perdido su carácter oficial y tomado el de periódico independiente.

Bien escrito, ameno é interesante, ha logrado adquirir una buena clientela propia, pues tira 10,500 ejemplares, de los cuales expide por el correo 5,000.

El Constitucional, fundado por M. Jay, tenia en 1851 por director al célebre doctor Veron. Hoy lo es M. Roberto Mitchell, pariente muy cercano del maestro Offembach; y si no puede decirse que sea hoy el periódico superior á lo que era en 1851, tampoco sin injusticia se podria afirmar lo contrario.

Pero en 1867 sufrió una pérdida literaria irreparable: la de M. Sainte-Beuve, cuyas revistas de los lunes serán un monumento de esta época. Felizmente conserva á Nestor Roqueplan; y sus folletines dramáticos, llenos de ingenio y de gracia, son en su mayor parte modelos acabados de crítica dramática.

Imprime 5,700 ejemplares y envia á provincias 4,500.

Fundada en 1836 por Emilio de Girardin y dirigida por el mismo hasta 1856, la *Prensa* lo ha sido despues sucesivamente por M. Neffter, que mas tarde creó el *Tiempo*; por M. Gueroult, que luego dió á luz la *Opinion Nacional*; y M. Peyrat, quien luego fundó el *Porvenir Nacional*. Ahora se halla dirigida por M. Cuheval Clarigny, antiguo redactor en jefe del *Constitucional*, y tan identificado en ideas políticas y religiosas con las que representa el periódico *la Francia*, que seria difícil hallar una diferencia entre él y la *Prensa*.

Los primeros literatos parisienses han tenido á su cargo siempre el folietin; al principio Teófilo Gautier; mas tarde Pablo de Saint-Victor, ahora, en fin, el célebre Jouvin.

Tira 8,000 ejemplares, y solo manda la mitad por el correo. Grande distancia hay de esta cifra á los tiempos en que era director M. de Girardin, cuando sus máquinas no lanzaban menos de 40,000 números diariamente á los vientos de la publicidad.

El propio dia que la *Prensa*, nació el *Siglo*, fundado por M. Dulacq. Tuvo sucesivamente por directores á MM. Guillemot, Chambolle, Perrée y Havin. Quien compare el *Siglo* en julio de 1836 y en diciembre de 1861, no encontrará la menor diferencia entre ambas épocas; su redaccion no ha variado nunca: el nivel ha sido

constantemente el mismo, porque desea tener contenidos a sus suscritores, quienes se lo recompensan no abandonándole nunca.

El Siglo es el diario que cuenta mayor número de ellos, pues asciende a 45,000.

La tirada es poco mayor, siendo casi nula la venta en las calles.

De las manos de M. Delmarre, su fundador, *la Patria* ha pasado a las de M. Lebey. Pero si el periódico no ha cambiado de opiniones, porque continúa siendo uno de los órganos confidenciales del pensamiento del gobierno, ha perdido mucho de su interés y gran parte de su suscripción.

La Patria, sin embargo, goza de un privilegio singular: es el único periódico que se vende en el interior de todos los teatros de París, y esta circunstancia favorece mucho su venta.

Su redactor en jefe es hoy M. Gaston de Saint-Valry, que antes escribía la crítica dramática en *el País*: esta sección en *la Patria* está confiada a un erudito, M. Eduard Fournier.

La Patria imprime 11,500 números, de los cuales expende 5,500 en los teatros y en los kioscos. Años atrás tiraba más de 20,000.

La Union tiene por principales redactores a MM. Laurentie y Riancey, y no necesita desplegar su bandera para que se sepa su color, habiéndose realizado en ella la fusión de tres periódicos que en 1847 se llamaba *la Cotidiana*, *la Francia* y *el Eco Francés*.

Lo que quiere mentalmente, todos sus lectores lo saben; así sería inútil que se lanzase a empresas temerarias ó se expusieran a algún peligro. *La Union* y *la Gaceta de Francia* son órganos de las mismas ideas y de los mismos intereses.

Tira 8,000 números y envía fuera 4,000.

El País tuvo sucesivamente por directores a M. de Lamartine y al vizconde de Laguerronniere: ahora tiene a M. Granier de Cassagnac, que simboliza la parte más reaccionaria é intransigente del partido imperialista.

Pero si bien M. Granier de Cassagnac, dirige, el que influye soberanamente en la redacción es su hijo, Paul de Cassagnac, tan conocido por sus infinitos y afortunados desafíos.

Sin negar el talento del padre ni del hijo, es forzoso confesar que lo violento de su lenguaje y la exageración de sus ideas van dejando aislados al uno y al otro en la prensa. *El País* ha sido el único órgano de esta que ha censurado la última amnistía concedida por el emperador.

Si los suscritores son el termómetro de la opinión y de las simpatías de cada periódico, pocas deben tener en Francia el de que tratamos, pues no pasan de 2,500 los números que imprime, y solo 1,200 manda por el correo.

Fundada en 1853, *la Opinión Nacional* es el diario francés que se consagró con más ardor a trabajar por el triunfo de la unidad italiana y por la resurrección de la Polonia.

M. Gueroult, su director, es un buen periodista y un hombre de corazón. Sus ideas políticas se han modificado un tanto de algún tiempo acá, sobre todo desde que fué derrotado en las últimas elecciones por personas de sus mismos principios.

Imprime 9,000 números y expide 6,000 a las provincias.

El Mundo es ante todo lo que debe ser: un periódico religioso. Desde 1843 a 1860 *el Mundo* se llama *el Universo*, y tenía por director al famoso Luis Veuillot; pero a contar de 1860, en que *el Universo* fué suprimido, tiene a M. Coquille, escritor apasionado, pero de talento muy sólido.

Su suscripción no pasa de 1,200 ejemplares, aunque imprime hasta 2,500.

El Tiempo, que había dejado de existir hacia muchos años, debe su resurrección, en el mes de abril de 1861, a M. Nefftzer, según hemos dicho antes. Su confección es excelente y variada, y puede competir con la del *Diario de los Debates*; no es el menos importante de sus numerosos redactores M. Luis Blanc, cuyas cartas de Londres son sumamente notables. Es posible que la amnistía le haga perder ahora tan excelente colaborador.

El Tiempo ha sufrido muchas alzas y bajas: actualmente ha aumentado su suscripción, que asciende en provincias a 5,000 números: tira 11,000.

La Francia vino al mundo político en 1861, siendo su fundador principal y director anónimo, pero transparente, un escritor con el cual ningún otro puede compararse en el periodismo parisiense; porque reunió a la flexibilidad la elevación del talento. El vizconde de Laguerronniere es a Lamartine lo que era M. Salvandy a Chateaubriand, al cual igualaba con frecuencia.

La parte literaria de *la Francia* está al nivel de la política; entre la una y la otra existe completa homogeneidad.

M. de Laguerronniere envía ya rara vez artículos al periódico; pero sus ideas y sus tradiciones se conservan en él fidelísimamente por dos excelentes redactores, MM. Cohen y Garcin.

M. Caro es el director de la parte literaria; y M. Paul Foucher tiene a su cargo la crítica teatral, en la que demuestra tanta imparcialidad como competencia.

En nuestra opinión *la Francia* y *la Libertad* son los dos mejores diarios de París, por lo hábil de su confección, como por la oportunidad con que tratan todas las cuestiones políticas.

La Francia tira 9,000 ejemplares, de los que envía 5,000 a provincias.

De 1863 data la autorización concedida a M. Peyrat para publicar *el Porvenir Nacional*. Este periódico es a la república de 1792 y de 1848, lo que son *la Gaceta de Francia* y *la Union* a la monarquía de 1788 y de 1829; y a pesar del título que lleva, lo que sabe menos es el porvenir; y lo que sabe mejor es lo pasado.

Auxilian principalmente a M. Peyrat, en la política M. Taxile Delord, y en la literatura M. Etienne Arago. Tira 5,000 números, y solo envía unos 2,000 fuera de París.

La Libertad iba a espirar, contando nueve meses de vida, cuando de manos de su fundador, M. Carlos Muller, pasó a las de M. Girardin, el primero, el más hábil, el más experimentado de los periodistas franceses.

Su salvación fué milagrosa y completa: a los pocos días de encargarse Girardin del periódico, tiraba 30,000 ejemplares, cuando antes apenas llegaban a 2,000. No conserva hoy toda esa suscripción, pero aun la tiene considerable.

La amenidad de *la Liberté*, unida al talento tan original y tan variado de su director, y al de su principal redactor M. Odyse Barot, que ha reemplazado a M. Duvernois, explican el éxito colosal de este diario.

Hoy manda 8,000 números a provincias, y expende hasta 14,500 en París.

No hay más que citar al *Universo* para acordarse de M. Luis Veuillot, su director y propietario. En poco tiempo ha rehecho su clientela, y hoy día imprime 8,000 números, de los cuales expide 5,000 a los departamentos.

El Público, fundado por M. Ernesto Dreolle, pasa por ser propiedad del célebre hombre público M. Rouher, ó al menos por recibir las inspiraciones de este.

De todas maneras, no hay duda de que es el intérprete de sus ideas, y de que al entonces ministro de Estado, debió Dreolle ser elegido diputado últimamente.

El Público es uno de los periódicos mejor escritos de París, siendo también uno de los más baratos, pues sus números se venden a dos sueldos, mientras el precio corriente de los otros es tres.

Tira 8,700 números, y expide a provincias 3,000.

Pero el más barato de todos es *el Pueblo Francés*, fundado por M. Camilo Duvernois, tráfuga de *la Libertad*, sin equívoco, y según se asegura, con una protección augusta.

Lo que afirma más esta convicción es que *el Pueblo Francés* se vende a cinco céntimos; es decir, al precio a que paga el timbre de cada número. Seis émulos y enemigos se han dedicado a ajustarle las cuentas, y resulta que pierde mil francos por día, ó sean 365,000 al año, cuando este no sea bisiesto.

Para sufragar tal pérdida se necesita mucho patriotismo, y sobre todo una inmensa fortuna.

El Pueblo Francés tira 45,000 ejemplares, que vende en su mayor parte en París, pues solo expide 4,000 a provincias.

El Nacional se ha vendido también a cinco céntimos ó sea un sueldo, desde su creación; pero en junio último dobló el precio, y aun así no ganará dinero.

Imprimía antes 81,000 números; pero desde que encareció ha disminuido en una mitad su tirada.

El Universal, que solo cuenta dos meses de vida, le han prestado celebridad las crónicas que el conde de Sartigas escribe bajo el pseudónimo de *Alcestes*.

Su tirada no excede de 3,000 números.

En nuestro segundo artículo hablaremos de la *petite presse*, explicando la manera original y curiosa como se redactan los periódicos que pertenecen a ella.

II.

El Figaro. — *El Galo*. — *El País*. — *La Llamada*. — Los otros periódicos de la *petite presse*. — Cómo se redactan. — M. de Villemessant. — Productos y gastos. — No es oro todo lo que reluce. — Consideraciones generales.

No crean los lectores que no los conozcan, que los periódicos pertenecientes a la titulada *petite presse* son de menor tamaño que los de la que se titula *grande*. *El Figaro*, *el Galo* ó *Gaulois*, *la Llamada*, ó sea *le Rappel*, tienen las mismas dimensiones que el *Diario de los Debates* ó *el Constitucional*. Lo que les hace figurar en esfera más humilde que éstos, es su menor importancia política: los unos son *políticos* y literarios; los otros *literarios* y políticos. La confección es igualmente dis-

tinta, y marca esa diferencia que existe a primera vista entre ellos.

No tienen artículos de fondo; carecen de despachos telegráficos; no dan las sesiones de las cámaras; en una palabra, siguen el movimiento diario de la política sin dejarse absorber por esta, y condensando todo su interés en una simple reseña, que en *el Figaro* se titula *Crónica de París*, en *el Gaulois*, *Correo del día*, y *Cosas del día* en *el París*.

El resto del periódico se consagra a la literatura, a los teatros, a los salones, a las noticias del gran mundo, y sobre todo a la chismografía.

Además de su redacción fija, cada uno de estos diarios tiene otra que podemos llamar flotante. Multitud de agentes de las empresas corren los principales sitios de París; la Bolsa, las Cámaras, todos los puntos de reunión, y cuando averiguan alguna noticia de interés, corren a llevarla al periódico, el cual se la retribuye, según la posición de la persona ó según la importancia del hecho, desde 2 hasta 10 francos.

Así los gastos son mucho mayores en la *petite presse* que en la grande, y M. de Villemessant, a quien dejamos toda la responsabilidad del aserto, decía no há mucho en *el Figaro*, que los de este ascendieron en abril último, solo en la parte de redacción, a la enorme suma de 25,000 francos, ó sean 95,000 rs.

De los tres principales diarios de la *petite presse*, el más antiguo, el más importante, el más popular es sin duda *el Figaro*. Fundado y dirigido por un hombre de ingenio y de experiencia, M. de Villemessant, desde luego consiguió atraerse una numerosa clientela por la novedad del género y por la abundancia de sus noticias. Al principio *el Figaro* solo se publicaba dos veces por semana, y era meramente literario; más tarde tomó carácter político y se hizo diario.

De esa época data su fabulosa prosperidad: hoy tira sobre 43,000 ejemplares, de los cuales manda 17,000 a sus suscritores de provincia. Cuando el inteligente y atrevido director publica lo que él llama *un número a surprises*, entonces imprime hasta 60,000 ejemplares.

La última de semejantes *surprises* ha sido este año el aniversario de las sangrientas jornadas de junio de 1848. En aquellos días publicó *el Figaro* un resumen histórico de tan tristes sucesos, lleno de curiosos é interesantes detalles, que ocupaban el periódico entero; y merced a ese sencillo expediente, vendió casi 20,000 ejemplares más de los de costumbre, ganando tres ó cuatro mil francos.

Otro periodista de gran travesura y de no vulgar talento, M. Edmond Tarbé, viendo el éxito colosal del *Figaro*, ha acometido la difícil y temeraria empresa de competir con él. M. Tarbé, animado de esta idea, fundó en julio ó agosto de 1868 otro periódico de la misma índole y del propio carácter, que tituló *el Gaulois*. Pocas veces hemos visto una imitación mejor y más afortunada: *el Gaulois* ó *Galo* imprime 16,000 ejemplares y tiene unos 5,000 suscritores en los departamentos.

Consta de iguales secciones que *el Figaro*, y no está escrito con menos gracejo ni menos desenvoltura. Los ecos de París del uno no tienen más novedad ni más gracia que *Lo que pasa del otro*; Luis de Camors, pseudónimo que usa Emile Blaret en el periódico de Villemessant, no es tampoco más agudo ni más incisivo que el que firma *Un dominó* en el de Tarbé.

Sátiras en verso y prosa, anécdotas, historietas, folletines de novela, crónicas diarias de París, noticias abundantes de teatros, todo eso se encuentra en sazón oportuna en las columnas del *Figaro* y del *Galo*. Los cronistas del primero son indudablemente los principales de París: Villemot, Wolf, *l'Inconnu* (M. Vitu) *D. Quichotte* (Edgard Rodríguez) y otros: los del segundo son Francisco Sarcey, Chavette y el mismo director Tarbé. Tampoco M. de Villemessant se desdena de abandonar su trípode y de bajar de vez en cuando a la arena del combate, donde siempre llama la atención por su estilo original, incisivo y picante.

El París, forzoso es decirlo, no está a la altura de sus rivales. Menos ameno, menos variado, menos bien escrito que ellos, no ha conseguido hacerse una numerosa suscripción. Solo tira 4,000 números, de los cuales manda la mitad a provincias.

M. de la Ponterie, antiguo redactor de *la France*, es el director de la parte política; M. Henry de Pene, de la literatura; y aunque hombres de talento y de corazón entran, no han logrado dar interés a su periódico, que existía hasta el año anterior con el título de *Gazette des Etrangers*.

No sabemos se hacemos bien ó mal asignando un puesto en la *petite presse* a *le Rappel* ó *la Llamada*, diario eminentemente político que comenzó a publicarse en mayo último en víspera de las elecciones. Por su forma puede colocarse junto al *Figaro* y *el Galo*; por su carácter merece figurar junto a los grandes diarios.

Durante su cortísima existencia ha hecho ruido como ninguno, sin duda para justificar el nombre que lleva. Su éxito ha sido inmenso, como lo es en todo cuanto tiene por base el escándalo y la violencia.

Le Rappel es el órgano de la fracción de los *irreconciliables*: Victor Hugo los anima y los sostiene con su nombre y con su espíritu, si no con su pluma, y sus dos hijos Francisco y Carlos le representan dignamente en la lista.

Los otros redactores son Augusto Vacquerie, a quien sus infortunios teatrales parecen haber lanzado al campo de la política; Paul Meurice, autor dramático y novelista mediano; Eduardo Laferriere, jurisconsulto de tanta intención como talento; Lockroy, periodista ingenioso; Ernesto Blum, *vaudevillista* muy conocido, y, en



Viaje á Córcega de la emperatriz y del príncipe imperial. — Bastia : S. M. colocando la primera piedra del hospital Santa Eugenia.



BASTIA. — Desfile de los jóvenes voluntarios que daban la guardia de honor al príncipe imperial.

fin, el famoso Enrique Rochefort, el publicista de *la Lanterne*, que no ha querido aceptar la amnistía y continúa en Bruselas.

Nada iguala á la pasión, á la acrimonia, á la violencia con que escribe *le Rappel*: sus tiros van dirigidos lo mas alto posible, y han costado bastantes multas y algunos dias de prision á varios de los arriba citados. Muchos de los que compran *le Rappel* no lo hacen por simpatía á sus ideas y principios, sino por mera curiosidad. Así se explica que mientras envia solo 4,000 números á provincias, expende mas de 30,000 en París á pesar de que el gobierno no permite la venta en los kioscos.

Le Reveil y *la Reforma* representan lo mismo que *le Rappel*, pero no han adquirido igual celebridad: sus escritores son menos conocidos, y sin embargo, han purgado sus extravíos en las cárceles de Mazas y Santa Pelagia.

No podemos decir con exactitud la tirada ni el número de suscritores que tiene en las provincias; pero creemos que son de poca importancia. Ni *le Reveil* ni *la Reforma* se

venden tampoco en los kioscos, y la gran circulación de *le Rappel* hace que pasen desapercibidos.

Deberíamos también incluir en la *petite presse* la nube de pequeños periódicos, diarios ó hebdomadarios que ven la luz del día ó la del gas en París.

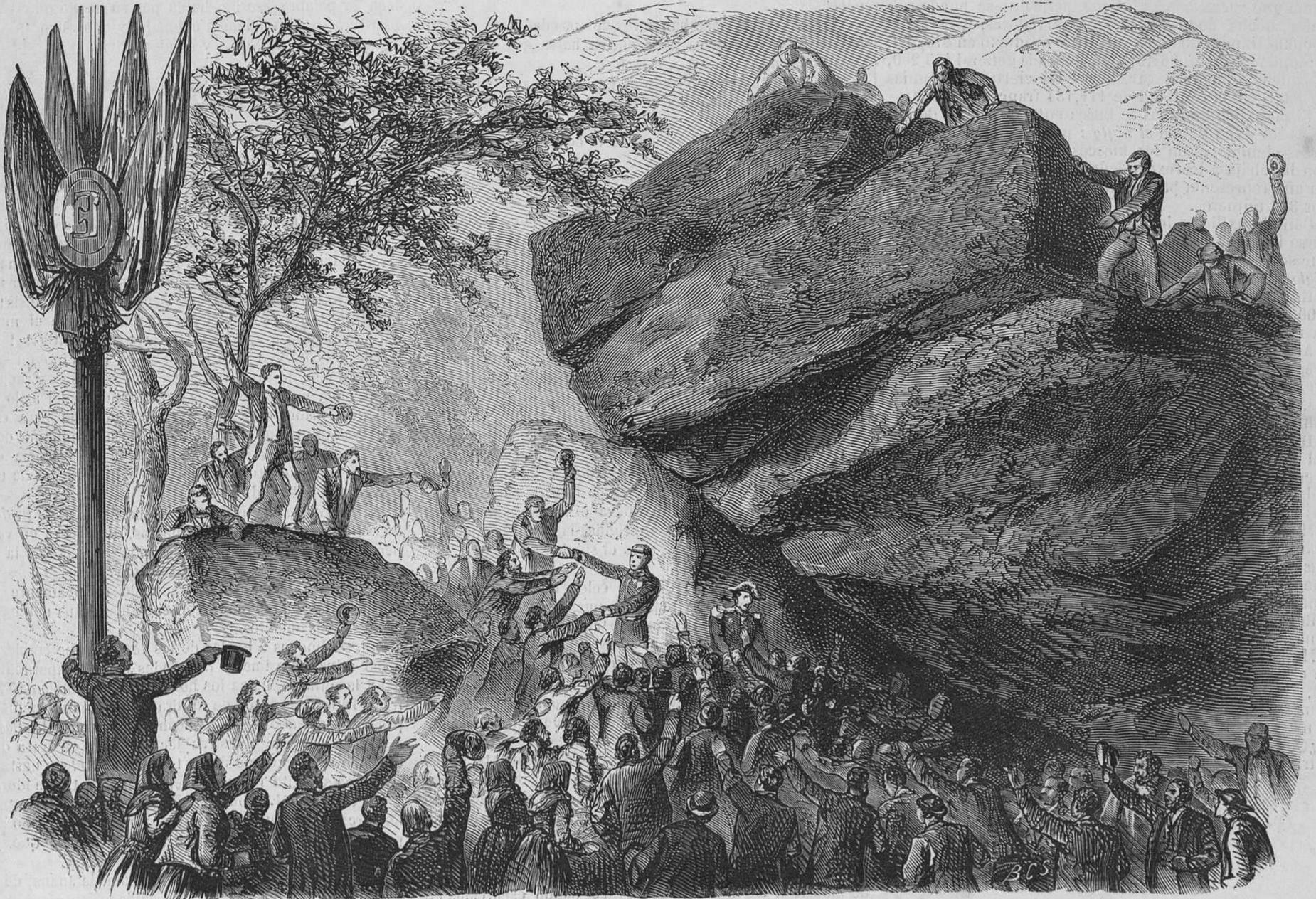
Entre ellos citaré solo *le Petit Journal*, que si hemos de dar crédito á lo que él mismo imprime al frente de cada número, tira 261,700 diariamente.

Aunque haya que rebajar algo de esta cifra tan prodigiosa, siempre resultará ser muy elevada, y que explica bien el lujo con que el periódico vive. Tiene un palacio de su propiedad, edificado *ad hoc* en la calle de Lafayette, donde se halla su redacción; una librería en el boulevard Montmartre exclusivamente destinada á la venta de los números, y en fin, un carruaje suntuoso para su servicio particular. Digamos como última noticia que es el diario de París que paga mejor á sus redactores y colaboradores.

Para completar estos datos, añadiremos que el director de un periódico importante dis-



AJACCIO. — La emperatriz colocando el busto del príncipe imperial sobre la chimenea del cuarto donde nació Napoleon I.



AJACCIO. — Visita del príncipe imperial á la gruta de Napoleon I.

fruta un sueldo de bastante consideracion. M. Cuheval Clarigny, por ejemplo, que lo es de *la Prensa*, tiene 18,000 francos anuales, y además coche, lo cual equivale á 25,000.

Hé aquí, segun una noticia publicada por M. Ville-messant, tan autorizado en la materia, á lo que ascienden diariamente los gastos de un periódico en Paris:

Frs. Cs.

Composicion tipográfica.	200
Correctores y atendedores.	8 30
Redaccion.	400
Administracion.	160
Plegado.	35
Alquiler de casa.	20
Impuestos y contribuciones.	4
Diversos gastos.	40
Imprevistos.	25
Ejemplares gratis (se calculan 1,000).	98 30

Total. 990 80

Multiplicándolo por 365 días, da un resultado anual de 361,350 francos.

A este primer total hay que añadir los gastos variables, que proceden de la base esencial, esto es, de la tirada; y tomando por ejemplo, un periódico que imprima 8,000 números tendremos el resultado siguiente:

Ocho resmas de papel á 28 francos.	224
Timbre, á 5 céntimos por número.	400
Tirada, á 7 francos el millar.	56
Correo por 400 ejemplares.	160

Lo que unido á lo anterior hace por dia. 1,826

Dando un total general de. 364,016

Explicemos ahora el cálculo de las ganancias anuales.

El periódico que tira 8,000 números tiene 4,000 suscritores á 64 francos por año, lo que, rebajando el descuento de un franco que se hace á los libreros, produce 252,000 francos.

Vende 4,000 números por dia, y rebajando los 3 céntimos en que se beneficia á los expendedores, obtiene 175,200 francos.

Si depende de la Sociedad general de publicidad, Fauchey, Laffite y compañía, recibe por los anuncios una suma que varia mensualmente, pero que se puede calcular, hecha deduccion de los corredores, á cerca de 300,000 francos, lo que aumenta el producto en 475,200.

Siendo los gastos 364,016, y la entrada general 475,200, el beneficio puede llegar, merced á ciertas economías de detalle, á la cantidad de 111,184 francos por año.

El periódico que mas se busca entre todos los de Paris es sin duda alguna *el Siglo*: pues vendiéndose muy pocos ejemplares en los kioscos, no tiene que contar con la rebaja á los expendedores, y así cada abono de un año representa para él una ganancia de 44 francos por 365 números.

Con el auxilio de los cálculos precedentes, puede juzgarse lo que perderá por el contrario *el Pueblo Francés*, que se vende á un sueldo el número, y que al revés del *Siglo*, tiene poca suscripcion y mucha venta.

En el artículo primero hemos fijado esa pérdida en 1,000 francos diarios, y tal vez nos hemos quedado todavía cortos.

Al comparar semejantes resultados con los que da la prensa madrileña, no se puede menos de experimentar un sentimiento doloroso; y si entrásemos en pormenores, aun fuera mayor la amargura producida por el contraste.

Digamos, no obstante, como consuelo, que la vida del periodista es azarosa y triste en todas partes; y que si en ciertos diarios se retribuye espléndidamente á sus redactores, en otros menos opulentos, disfrutan de sueldos bien miserables.

Mientras en *el Figaro*, por ejemplo, los cronistas cobran á razon de 90 céntimos de franco por línea, en la *Gaceta de Francia* hay un desventurado, M. Escande, que, segun cálculo bastante exacto, no percibe mas que cinco céntimos por cada uno de los 4,740 renglones escritos por él durante los meses de abril y mayo últimos.

M. de Villemessant, que tiene casa propia en Paris y en el campo, carruajes, caballos, una gran fortuna; en fin, dice que mejor que periodista es ser tendero de comestibles, bolsista, comerciante, tenor ó diputado de la mayoría.

¿Qué diria si viese lo que es el periodismo en nuestra patria?

UN DESCONOCIDO.

(De la *Epoca*.)

Revista de Paris.

La fiesta campestre de Saint-Cloud marca el fin de las diversiones de verano para los parisienses. Es un bonito despido á la verdad, pues esta fiesta, tanto por el lugar que ocupa como por la inmensa concurrencia que atrae al parque de la residencia imperial, es ciertamente la mas lucida y alegre de todas las que se celebran en estas inmediaciones. ¡Cuántas descripciones no se han hecho de ella! Paul de Kock, el mas jocoso de los novelistas franceses, la ha convertido mas de una vez en teatro de sus chistosas y picarescas escenas.

Verdad es que el parque de Saint-Cloud tiene tantos aficionados, que durante todo el estío es un paseo para los parisienses. Este año la presencia de la corte imperial en el palacio de Saint-Cloud le ha tenido mas en boga que nunca. Sabido es que hay en él, como en Versalles, fuentes, jardines, bosquecillos y grandes y solitarias alamedas. La avenida principal, que es la que comunica de Saint-Cloud á Sèvres, es el sitio donde se celebra la feria anual, que dura tres domingos; y llegada esta época del año, tanto la poblacion de Saint-Cloud, como el palacio y el parque, despliegan todas sus seducciones: corren las fuentes, y mil variados juegos y espectáculos se ofrecen por do quiera á la multitud que principalmente los domingos es extraordinaria. A todas las horas del dia el ferro-carril conduce oleadas de gente, y el rio está surcado de embarcaciones, en tanto que los carruajes que van por el camino cubren en la polvareda que levantan al modesto parisiense que se halla reducido al medio mas natural de locomocion que se conoce.

Los ricos comen en la fonda del parque, que apenas puede dar abasto á los parroquianos, en tanto que el humilde empleado, el tendero y el artesano, se extienden á la sombra de los árboles, y si no con tanto lujo, comen con mas alegría que la aristocracia de la fonda. Luego, cuando ya se ha visto correr la cascada y se ha subido á la linterna de Diógenes, desde donde se descubre un magnifico panorama; en fin, cuando ha llegado la noche, el alborozo de la gente que no regresa á Paris busca un refugio en los bailes.

Otro entretenimiento de la estacion, y que anuncia igualmente el fin de la temporada veraniega, es el de la caza.

Este año los cazadores están desconsolados; se quejan amargamente de la escasez de caza: parece ser que los conejos y las liebres, no menos que las perdices y los faisanes se esconden en lugares impenetrables, donde solo aciertan á descubrirlos los cazadores furtivos, que inspiran el mismo horror en Francia que si fueran grandes criminales.

Tanto es así, que se han formado sociedades en diferentes departamentos para perseguirlos hasta que se consiga exterminarlos.

Pero entre tanto los cazadores parisienses se vuelven con el morral vacío, y en los mercados se nota una escasez que da este año á la caza un valor muy crecido.

En cambio la crónica aprovecha la ocasion para resucitar anécdotas oportunas.

¿Quieren saber nuestros lectores cuánto puede valer una perdiz, por supuesto, en un caso dado?

Pues hé aquí lo que le costó al baron Schop, segun nos refiere en el *Nacional*, del modo que sigue:

«Tenia yo un tío que era un gran cazador, y habitaba una hermosa casa del valle de Gresivaudan.

» Como el tío era soltero, debia heredarle yo naturalmente y todos los años le iba á visitar por la primavera y el otoño. Cazábamos todo el dia, y él hacia los mayores elogios de mi resistencia para soportar las fatigas no menos que de mi acierto en la puntería.

» El otoño último, en el momento en que salia yo de Paris, recibí una carita de una dama, en la cual me pedia que le mandara una perdiz de las que yo hubiera cazado.

» A los dos dias de estar en casa del tío, mandaba yo la perdiz; pero ¡ay! tuvieron la torpe idea de acusarme recibo del regalo, y mi tío, que lleva el mismo nombre que yo, creyó que la carta le iba dirigida, la abrió y la leyó.

» Ahora bien, el contenido era el siguiente:

» Me he comido la perdiz con coles, mientras nosotros dos nos comemos al tío. Suplícale pues, que no nos haga esperar mucho tiempo: no me gustan los tíos correosos.»

» El buen hombre comprendió perfectamente, me quitó la herencia y murió seis meses despues, legando su fortuna á los hospitales. Por manera que la susodicha perdiz con coles, me ha costado la friolera de 600,000 francos.»

Entre la multitud de fiestas que este año, como todos los demás, ha habido en Paris en los dias de las distribuciones de premios, queremos señalar una que por su carácter especial se recomienda muy particularmente á la atencion de todo el mundo. Nos referimos á la que se efectuó en el Instituto imperial de los Sordo-Mudos, gran establecimiento que durante largos años no tuvo rival, y que ha servido de modelo á los muchos que hoy se hallan esparcidos en Europa.

No es el hecho de la reparticion de premios el que nos hace tomar la pluma para hablar aquí de una institucion tan filantrópica; sino que la ceremonia en cuestion dió margen á un discurso, en el que hallamos noticias tan curiosas é interesantes, que creemos útil dar cuenta de ellas á nuestras lectores con la brevedad á que nos obliga el espacio de que disponemos para estas crónicas.

El discurso fué pronunciado por el presidente M. Le Roy de Saint-Arnaud, senador, quien despues de felicitarle de la prosperidad siempre creciente del establecimiento, señaló de este modo sus progresos:

«Las fundaciones útiles á la humanidad son una gloria para las naciones que las crean, y la Institucion de los Sordo-Mudos ha tenido siempre entre todas el privilegio de fijar las miradas del extranjero que nos visita. Todos los pueblos civilizados os imitan, vuestros procedimientos de enseñanza se hallan en uso en todas partes y los 500,000 sordo mudos diseminados en la superficie del globo deberán á la iniciativa y al ejemplo de la Francia los ingeniosos sistemas, los sabios métodos cuya aplicacion disminuye, tanto como lo permite Dios, la distancia que separa al sordo-mudo del hombre que habla.

» ¡Qué de esfuerzos no han debido hacerse para conseguir un fin tan laudable! Recuerdo muy bien que en mi juventud asistí á las demostraciones del abate Sicard, hombre afable y lleno de ciencia, que se complacia en presentar á un público escogido sus mejores alumnos de ambos sexos. ¡Cuán orgulloso estaba con los efectos debidos á presiones ejercidas con delicadeza sobre los órganos exteriores de la voz! ¡Cómo espiaba á su salida algunas articulaciones incompletas! ¡Y qué triunfo cuando el ojo inteligente del alumno comprendia por el movimiento de los labios, la palabra y la frase rápidamente articuladas!

» Pero por grande que sea el interés que puede inspirar esa dificultad vencida, ya de comprender al vuelo, de adivinar y de leer en los labios las palabras vivas, ya de producir una palabra artificial, á beneficio de inconscientes esfuerzos sobre el mecanismo del aparato vocal, á mi juicio, no es esta la verdadera filosofia de vuestra enseñanza.»

M. de Saint-Arnaud señala aquí los resultados de esta enseñanza; explica cómo se abre el espíritu del sordo-mudo á las relaciones del mundo exterior, como «habla su alma» restableciéndose por la inteligencia del lenguaje escrito esas comunicaciones del pensamiento que parecia condenado á no conocer nunca.

«A ese ser humano, dice, que un juego cruel de la naturaleza ha privado del sentido de la palabra cerrando su oído á toda percusion sonora, vosotros le restituís, mediante un ingenioso empleo de las facultades que posee, el uso vedado de aquellas que solo tiene en apariencia, y gracias á vuestro perseverante trabajo, oye por sus ojos que leen la palabra escrita, habla por su mano que traza la escritura, por su ademán animado y expresivo que tiene sus principios, su lógica y su elocuencia.»

Y el orador añade que hoy el sordo-mudo es otro hombre, un hombre que conoce á Dios, que obedece á las inspiraciones de la conciencia, y que comprende la familia, la sociedad y el Estado. Esa es la obra de los actuales maestros.

Y queriendo citar un ejemplo habla de un discurso sencillo é interesante que su autor, sordo-mudo de nacimiento, pronunció mímicamente al principio de la ceremonia para que todos le comprendieran. En este discurso expresaba las vacilaciones, los temores, las esperanzas de la madre al trazar el cuadro del hijo insensible y mudo ante las palabras cuyo ruido cariñoso no le penetra. ¡Qué análisis tan inteligente de los procedimientos instintivos que el mutismo del hijo inspira á la madre, su primera institutriz! Luego señala los consejos para la educacion del niño en el seno de la familia, la preparacion natural para su entrada en la Institucion, y por último, le pinta saliendo del asilo donde se han formado su inteligencia y su corazón para dar los primeros pasos en el mundo, adonde le acompaña con sus advertencias. Es como si dijéramos, la experiencia descubriendo á la juventud las ilusiones y los peligros de una libertad mal entendida.

M. de Saint-Arnaud concluyó exhortando á los profesores á continuar sus laudables esfuerzos, dura tarea en verdad; pero que promete por premio la vida intelectual, la victoria de la voluntad sobre la naturaleza.

Todo este discurso fué traducido mímicamente á los alumnos, que aplaudieron con entusiasmo sus nobles y generosos pensamientos.

Apresurémonos á hablar de los teatros, que empiezan ya á dar á luz las primeras novedades de la temporada.

En la última semana los honores corresponden á M. Alfredo Touroude, autor de un drama en cuatro actos y en prosa, representado en el Odeon, con el título del *Bastardo*.

El título dirá á nuestros lectores que se trata de una cuestion social que desde los tiempos de *Antony* hasta nuestros dias se agita frecuentemente en el teatro moderno.

La tesis de M. Touroude parece ser la siguiente: Un hombre abandonado á sí mismo por su padre, no es responsable ante ese mismo padre de los vicios que puede tener. Y desenvuelve su idea con esta fábula.

Roberto ha seducido á una jóven llamada Juana, de quien ha tenido un niño, y la oculta cuidadosamente á los ojos de todo el mundo.

Mientras la joven trabaja sola junto a la cuna de su hijo, entra un hombre, Armando Bertin, que la persigue hace largo tiempo con su galantería, y que viéndose rechazado siempre, concluye por decir a Juana que Roberto la engaña, y que aquella misma noche puede darle la prueba de lo que dice.

Juana se niega a escucharle: jamás podrá creer en la infidelidad de Roberto.

Pero Armando insiste, y deja sobre la mesa las señas de una casa donde le encontrará aquella noche con otra mujer.

Juana no irá a la cita, tal es su propósito; pero después, al verse sola de nuevo, exclama con espanto:

— ¡Hijo mio! ¡hijo mio! que será de tí y de mí si es verdad lo que asegura ese hombre.

Al empezarse el acto segundo, nos encontramos en una reunión de jóvenes en casa de un amigo de Roberto llamado Maximiliano. Es una cena de gente alegre donde todo es objeto de broma, y principalmente la virtud de Roberto, a quien no se le conoce ningún amor. ¿Es hipocresía ó es prudencia?

Roberto no sobrelleva con paciencia los sarcasmos, y los que le irritan de un modo particular, son los de Armando, tanto que exasperado con la burla, concluye por invitar a una dama de la reunión, que es su compañera en una mesa de juego.

A todo esto Juana, no obstante la seguridad de que hizo alarde delante de Armando, flaquea en su resolución, y por fin, se decide a cerciorarse por sus propios ojos de si tiene ó no una rival.

Con efecto, aparece en la casa, ve a Roberto y exclama diciendo:

— ¡Ah! ¿con que era verdad?... ¿con que no me engañaba ese hombre?...

Roberto lo comprende todo: ha sido un lazo que le ha tendido Armando, y en el acto le desafía a muerte, apostrofándole, llamándole caballero de industria y bastardo.

Pero Armando, al verse tratado así, se vuelve a Juana y la dice:

— Ya sabeis lo que os espera: vuestro hijo es también un bastardo.

Las situaciones de estos dos actos, sobre todo en las escenas finales, son de un gran efecto dramático; el tercero se inclina algo más a la comedia, mas no por esto decae el drama.

Roberto desea que su padre, M. Duversy, le dé permiso para casarse con Juana, a fin de legitimar a su hijo natural, y como el padre se niega a ello, le descubre que tiene que batirse, y que si la suerte le es contraria, no quiere dejar en el mundo dos seres desamparados que maldecirán su memoria.

— ¿Quién es tu adversario? pregunta el padre.

— Es Armando, responde Roberto.

Y añade que su madre fué una cortesana que ha muerto hace ya tiempo.

El nombre de esta mujer despierta un terrible recuerdo en M. Duversy, y el acto concluye con sus protestas de que semejante hombre no se batirá nunca con su hijo.

Todo el acto último pasa en casa de Armando.

Duversy quiere impedir el desafío a toda costa, y viendo que nada consigue de Armando, le prohíbe terminantemente batirse con Roberto, « en nombre de su padre. »

— ¡Mi padre! exclama Armando; ¿le conocéis pues? ¿vive?

— Sí, le conozco, vive, y en su nombre os prohíbo el duelo con Roberto.

Aquí hay una escena terrible.

Duversy echa en cara a Armando su vida licenciosa, sus vicios y pasiones, y Armando contesta arrojando toda la responsabilidad de su desgracia sobre aquel padre a quien no conoce. Aquel hombre ha sido el asesino de su madre, que por su abandono murió cortesana, y aquel hombre que se ha olvidado completamente de su hijo, no tiene derecho para reconvenirle, porque no ha cumplido con sus deberes de padre.

Duversy, aterrado con el discurso de Armando, cae de rodillas, y el joven comprende claramente que aquel es el autor de sus días.

— ¡No te batirás con tu hermano! le dice.

Armando declara que se batirá, que Roberto no es su hermano sino su enemigo, y al hacer esta declaración se presenta su rival.

La idea de que Roberto puede y debe casarse con Juana le trae a la memoria la historia de su madre. Preciso es que le deje la vida, pues en otro caso incurriría en el mismo crimen que con tanta vehemencia acaba de echar en cara a su padre.

Lo que no hará, es perdonar al hombre que abandonó a su desgraciada madre.

Tal es el drama.

M. Touroude ha hecho con el *Bastardo* su entrada en la carrera teatral, y el público, no menos que la crítica, ha saludado en él a un joven inteligente que, no obstante su natural inexperiencia y su marcada inclinación hacia el melodrama, ha escrito una obra cuyo pensamiento fundamental puede dar materia a discusión, pero que se recomienda por sus condiciones verdaderamente literarias.

MARIANO URRABIETA.

La nieta de Ruy-Perez.

(Tradicion alavesa.)

AL DISTINGUIDO ESCRITOR DON RAMON ORTÍZ DE ZÁRATE.

(Continuacion.)

La nieta de Ruy-Perez,
Ajena a los desvelos
Que en la megilla pintan
Las rosas del amor,
Cifra su ventura
En leer de sus abuelos
La peregrina historia,
Los rasgos de valor.

Eran de la doncella
Recreos favoritos
El perseguir un ciervo,
Matar un jabalí,
Leer de su familia
Los rancios manuscritos,
Y amar a sus hermanos
Con loco frenesí.

II.

Gayo matiz del mundo al escenario
Presta el ardiente sol de la mañana,
De hermosa inspiracion sacro santuario,
Volcan de amor que lava de amor mana,
Desplega el ave su plumaje vario
Por el Oriente de carmin y grana,
Y a la alborada, a quien su canto envia,
Inunda de suavísima armonía.

Dulces cantos de amor leda murmura
En verde prado la serena fuente,
Que modesta y oculta en la espesura
Los repite su líquida corriente;
Tímida virgen en su margen pura
La tierna flor se agita muellemente,
Y el aura blanda, que la mece y mira,
Embriagada de amor dulce suspira.

Si mientras ama el ave, el sol y el rio
Y el aura que susurra entre las flores,
Contempla el hombre indiferente y frio
Este fecundo manantial de amores:
¿Por qué se ha de ocupar el canto mio
En describir el dia y sus albores?
Mejor será fiado en la memoria,
Que continúe el curso de mi historia.

La edad que inunda en mágico consuelo
Inalterable paz que el alma encanta,
Pues ni el pasado nos infunde duelo
Ni el porvenir incierto nos espanta,
La infancia en su candor hija del cielo
Que al vate inspira y su recuerdo canta,
Sin padres, en sus dias mas tempranos,
Pasó María con sus dos hermanos.

Siguió el periodo de su edad primera;
Sucedió el desarrollo adolescente;
Fué ya María en formas hechicera
Y en la caza encontraba su aliciente;
Si en el bosque asomaba alguna fiera
Blando latía el corazón valiente,
Si el jabalí mostraba algún colmillo
Su cabeza era adorno del castillo.

Y al castillo volviendo cierto dia
Dándole animacion, vida y contento,
Mostrando que en la expuesta cacería
Cautiva hizo a la res en su ardimiento,
Siendo ella, cuando veinte años cumplia,
De hermosura y candor raro portento,
Encontróse en su altiva fortaleza
Un regio admirador de su belleza.

III.

La noche cubrió la tierra
Con su densa oscuridad,

Cuando Gomez desvelado
Decía a su hermano Albar:

« — La venida de don Vela
A Villanañe honra da,
Pero a la vez Villanañe
Mira turbada su paz.
Se atreve al rey de Castilla
El de Aragon a inculpar
El divorcio de su madre
Doña Urraca, y no verán
Que a sus ambiciosas miras
Cuadra esa calumnia audaz.
Hoy que el infante Don Vela
Se ha dignado visitar
A los Perez, que el hidalgo
Nos honra con su amistad,
Hijo del rey de Navarra
Le obsequiaron como a tal,
Mas, vive Dios, que no todos
Son goces en realidad.
Nos dice que ya las cosas
Revueltas todas están;
Nuestros amigos Ansurez,
Mendoza, Lara y demás
Se preparan a vencer
O en la demanda espirar;
Que hidalgos de noble cuna
Siendo de hierro la edad,
De su fuerte mano el arma
No la abandonan jamás.
Y a nuestra pobre María
¿Sola la hemos de dejar?
¿Sola en esta fortaleza?
¿Sola en el mundo quizás?
Y, si los dos perecemos,
Su porvenir ¿cuál será
Cuando no sabe en la tierra
Mas que a nosotros amar?
A pesar de ser valiente,
Es tan candorosa, y tan... »
A todas estas preguntas
Respondió su hermano Albar:

« — En víspera de batallas
Te encomienda a san Millan
Y levanta el pensamiento
Con espíritu marcial.
Lucharemos como nobles,
Y si no volvemos mas,
Mira, déjate de cuentos,
Que no la abandonará
Si por sus ángeles vela
El santo Dios de Abraham.
Gomez, ten mas fe en el cielo
Y pasa la noche en paz,
Que para dormir tranquilo
No es bueno filosofar. »

IV.

Pasó la noche y el siguiente dia
Sonrosado y alegre amaneció,
Y en el feudal castillo de María
Todo era movimiento y confusion.

Por sus anchos y largos corredores
Cruzaban, con sus armas en tropel,
Para aprontar caballos voladores,
El escudero, el page, y el doncel.

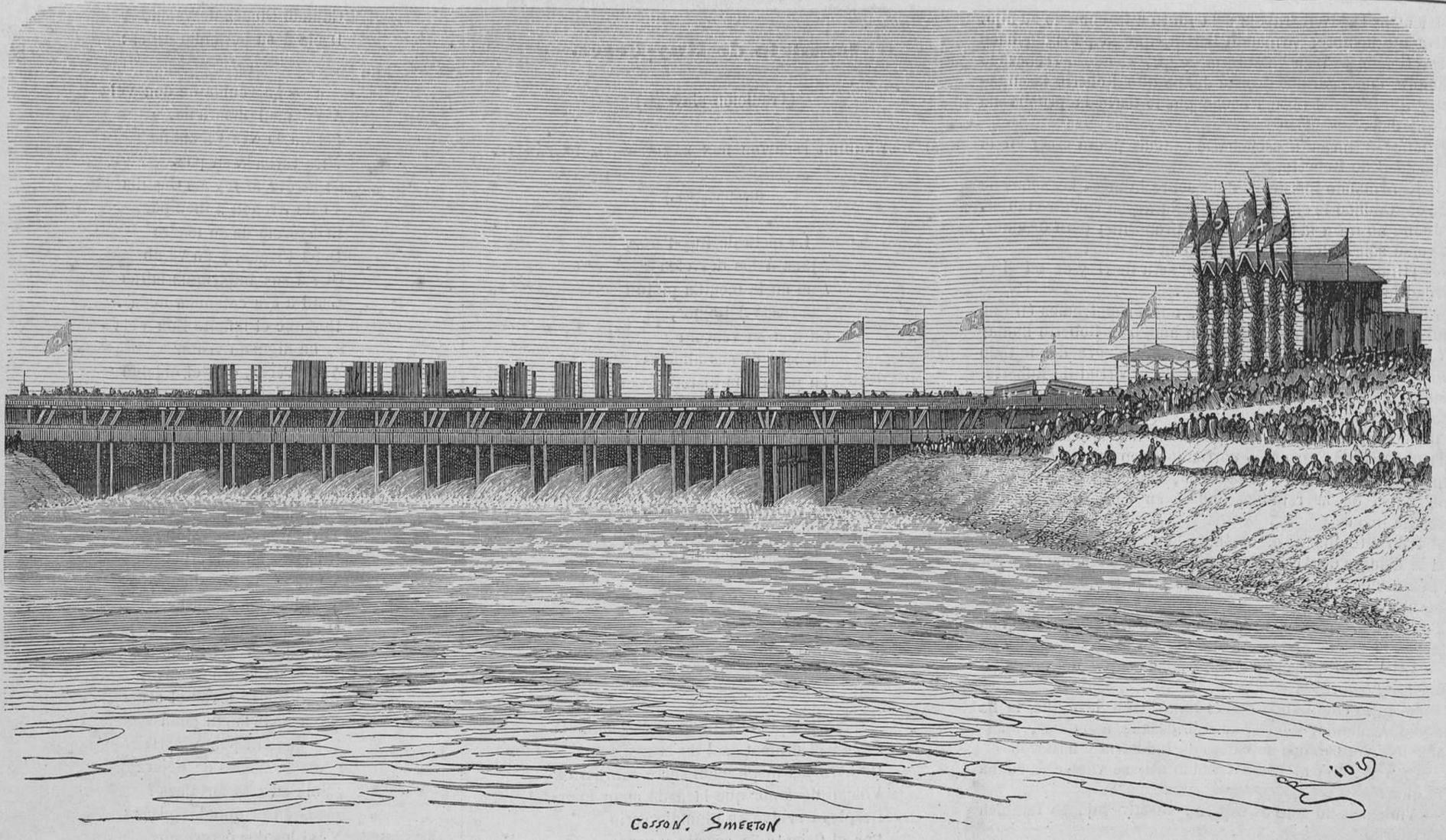
No se trataba en la jornada aquella
De perseguir al ciervo ó jabalí,
Sino de sostener dura querrela
Con hombres fieros en sangrienta lid.

De Don Alonso sexto de Castilla
Los guerreros aprestan el lanzon;
Tratan de ver si la cerviz humilla
Don Alonso primero de Aragon.

La que nunca sintióse fatigada
Recorriendo los campos tras la res,
Queriendo tomar parte en la jornada,
Hizo que la vistieran el arnés.

OBDULIO DE PEREA.

concluirá.)



EGIPTO. — Ceremonia de inauguracion de la reunion del mar Rojo con el Mediterráneo.

El istmo de Suez.

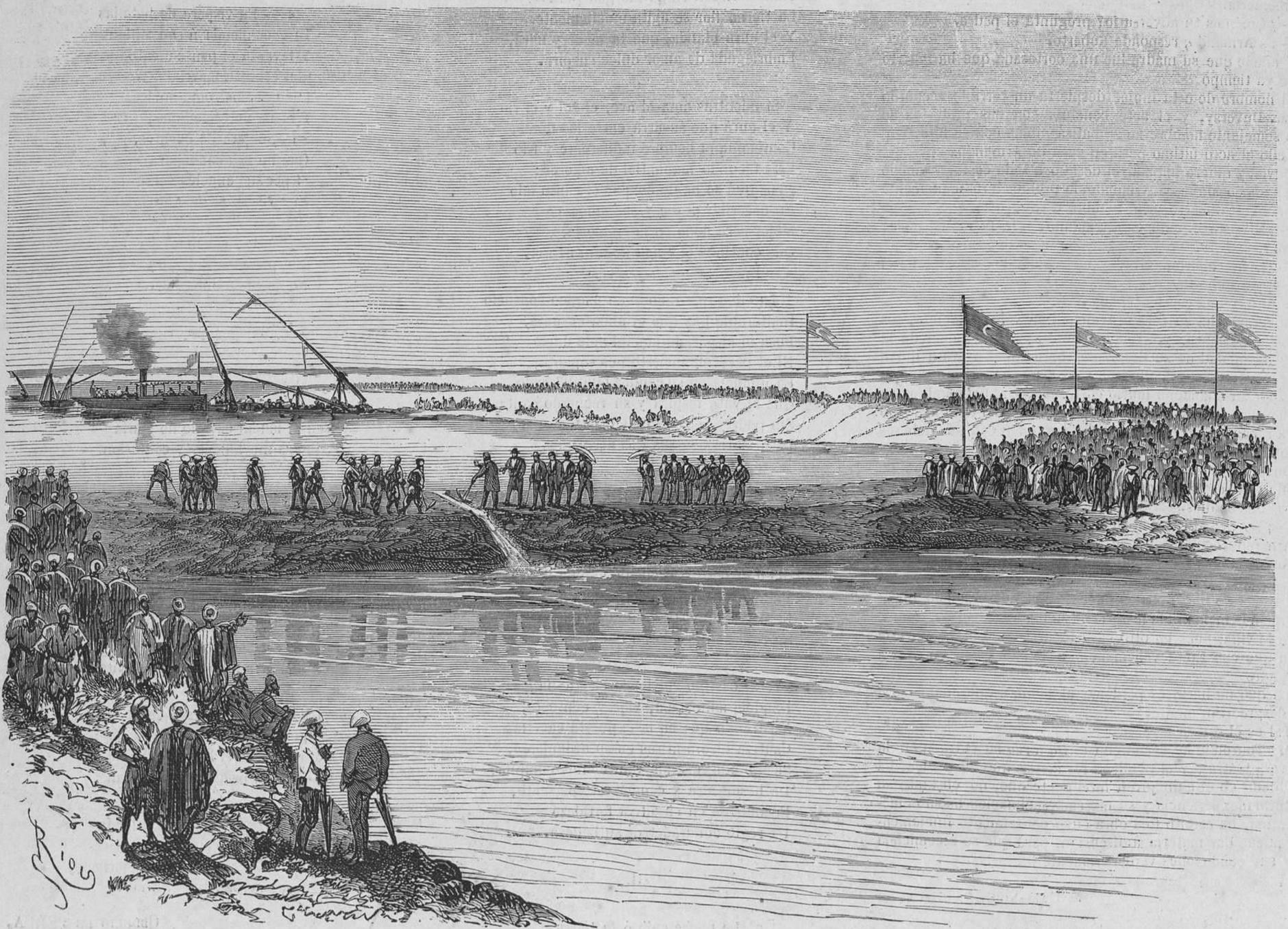
LA REUNION DE LOS DOS MARES.

Hagamos un paréntesis en los artículos que publica-

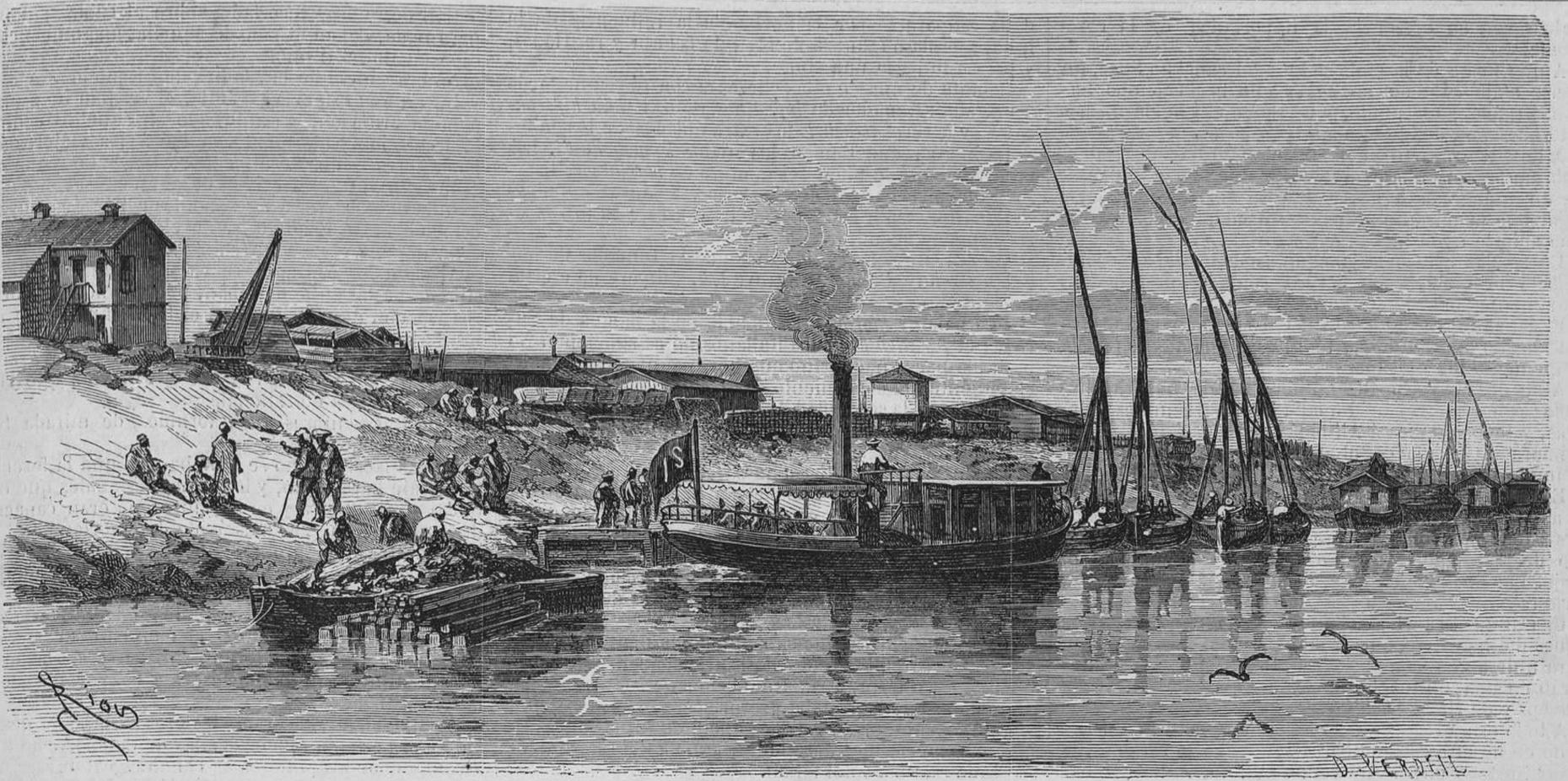
mos relativos al istmo de Suez, para hablar del hecho capital de la reunion del mar Rojo con el Mediterráneo, al que consagramos los dos primeros dibujos de la presente página.

Era el 15 de agosto, y S. A. el virey se habia hecho

representar en la ceremonia por S. E. Alí-bajá, y M. de Lesseps por M. Voisin-Bey, director general de las obras. Por la empresa estaban los señores E. Lavalley, Cotard y Janecki, ingenieros y jefes. El cónsul de Francia y el vice-cónsul de Italia anun-



EGIPTO. — S. E. Alí-bajá cortando el atajo del receptáculo del llano de Suez para la reunion de ambos mares.



Istmo de Suez. — Vista de El-Ferdane.



Yesera de El-Ferdane á orillas del lago Ballah.



Gourbis de obreros fellahs.

ciaban con su presencia la importancia de la ceremonia.

A una legua de la embocadura del canal en Suez, un fuerte atajo contenía las aguas que hacia tiempo habían llegado á ese punto, y cerca de allí había un bonito kiosco en donde estaban las señoras.

A doscientos metros delante del atajo habían establecido un receptáculo gigantesco, de una fuerza inmensa, para contener las aguas cuando se cortara el atajo, y dejar que penetraran poco á poco en el canal que se veía abierto hasta una inmensa distancia.

En las dos orillas las máquinas descansaban de un trabajo incesante, y los obreros sentados descansaban igualmente por primera vez.

El canal de M. de Lesseps iba á abrirse por fin: había llegado el gran día, y todos esperábamos con ansia el momento tan deseado.

A las dos M. Voisin-Bey anuncia que la hora ha llegado; se escuchan con simpatía sus bien sentidas palabras, y luego suplica á Alí-bajá que tenga á bien dar la primera azadonada en el atajo, último obstáculo para la inmersión del canal.

El jefe de la sección de Suez, M. Bartissol, presenta el azadon á S. E., que al tomarle dirige sus felicitaciones á todo el mundo; y para honrar á todo aquel pueblo de trabajadores, quiere cortar completamente el atajo. Por fin, el agua pasa, el canal está abierto: *Alea jacta est.*

Una inmensa aclamación saluda la entrada de las aguas del mar Rojo, que en el acto emprenden su viaje para unirse con las del Mediterráneo, como se confundirán en una misma gloria los nombres de M. F. de Lesseps y de M. A. Lavalley.

A todo esto el agua va subiendo. El 17 pasan por delante de nosotros dos embarcaciones que se dirigen hácia el Norte, y en las que vemos á M. Voisin-Bey, M. Lavalley y M. Cotard. Algunas horas despues aparece un vaporcillo con M. Janecki: está hecha la abertura del canal marítimo.

Posteriormente se harán las grandes fiestas de la abertura oficial, que serán grandiosas.

EL-FERDANE.

YESERA DE EL-FERDANE. — GOURBIS DE OBREROS FELLAHS.

Concluido el paréntesis, continuamos el itinerario pintoresco del canal de Suez, que hemos comenzado en nuestros números anteriores.

Al salir de Kantara con dirección al lago Timsah, se distingue, á la altura del kilómetro 63, á la derecha y al Oeste, una superficie enteramente blanca donde se reflejan los rayos del sol: son bancos de yeso que deslumbran. La descubierta de este criadero de El-Ferdane fué para la Compañía una buena fortuna. Sus ingenieros se apresuraron á crear en ese punto de las orillas del lago Ballac un campamento y un horno para la explotación del yeso.

El establecimiento es lo más sencillo que imaginarse puede. Se hace un cobertizo á cuyo abrigo se elevan, con piedras de yeso, algunas bóvedas próximas unas á otras. Emplean las más toscas para formar cada bóveda, y luego las cubren con otras menos gruesas, teniendo cuidado de disminuir el espesor de los fragmentos á medida que se elevan. Se enciende una lumbrera de leña cuya llama atraviesa toda la masa, y la temperatura no debe pasar de 200° para deshidratar el sulfato de cal. Al salir de la yesera reducen á polvo el yeso por medio de piedras de moler.

La yesera de El-Ferdane, aunque sencilla en su construcción, ha hecho útiles servicios: sus productos han sido empleados en todas las obras de fábrica que hay en el istmo.

Al Este y á la orilla del canal marítimo se agrupa el campamento, cuya población puede calcularse en mil habitantes, y ahí están también el gran taller y el depósito central de las máquinas locomotoras. Por último, en ese punto hacen agua los vapores de la posta egipcia y las embarcaciones que trasportan viajeros de Puerto-Said á Ismailia.

En las cercanías de El-Ferdane las orillas eran muy bajas, apenas pasaban algunos centímetros del nivel del agua; pero por eso había muchos fellahs ocupados en levantarlas algunos metros con las arenas de las dragas. Cuando visité yo el campamento, todo el mundo estaba trabajando.

Los fellahs de cutis cobrizo, vestidos con su camisa blanca ó azul (djeba), parecía que trabajaban en el agua. La regularidad de la obra que hacían era perfecta. El instrumento de precisión que les guiaba en su trabajo era simplemente una señal inclinada á 45°.

Ayudábanles una porción de muchachos que les llevaban la tierra, pues tenían en su compañía á sus mujeres y sus hijos. La habitación era lo de menos: pronto estuvieron todos á cubierto.

A pocos pasos del lugar del trabajo construían sus *gourbis*. En una sinuosidad del terreno, abrigada del viento Norte, cuando la naturaleza les dispensaba esta generosidad, levantaban una techumbre de tablas bajo la cual vivía toda la familia. Los *gourbis* se agrupaban unos junto á otros, y se trasladaban á otra parte cuando se cambiaba el lugar del trabajo.

El árabe pobre tiene una vida muy sencilla. Gracias á la temperatura tan clemente del cielo africano, solo

debe ampararse por la noche de la influencia de la luna, que da oftalmías, dolores de cabeza y resfriados, y para esto basta una choza.

Delante de una de estas chozas encontré yo una tarde á un fellah fumador de kif. En Egipto llaman kif, *hachich*, y á veces *teckouri*, las extremidades de los tallos del cáñamo, que llaman los indios *konnab hindi*. Los egipcios dan á la planta el nombre de *haschisch*.

El hachich es el opio de Africa. Se fuma en pipas muy cortas, embriaga con mucha fuerza, y su uso excesivo puede engendrar la locura.

Sin embargo, hay quien dice que el fumador de hachich es muy dichoso. El grave J. J. Ampère ha escrito lo siguiente:

« La palabra *kief* es intraducible en la lengua de Europa; el *far niente* de los italianos no es suficiente. No basta no hacer nada, sino que hay que penetrarse deliciosamente del sentimiento de la inacción. Es algo de eliseo, como la serenidad de las almas bienaventuradas; es la felicidad de sentir que no se hace nada, casi diré de sentir el no ser. »

Aquel fellah de El-Ferdane parecía saborear las teorías de J. J. Ampère: despues de haber pasado el día removiendo tierra, se complacía en disfrutar la dicha de no hacer nada. El kif le proporcionaba esta felicidad, y le gustaba el kif. Yo le estudiaba y le contemplaba en su beatitud. De tiempo en tiempo se sonreía, y dejaba que se escapasen algunas palabras á través de su blanca dentadura.

Parecióme curioso indagar qué podía pensar y decir aquel pobre diablo en el éxtasis del hachich, y preguntando á mi intérprete la traducción de sus frases, me dijo que el fellah recitaba proverbios.

Algunos de estos proverbios anoté en mi album porque me parecieron interesantes, aun cuando no hubiesen salido de boca del fellah.

Hé aquí cuáles eran:

« Despreciad este mundo, que no vale el ala de una mosca.

» Y maldecid los bienes de Satanás.

» Si tú no comes, da de comer.

» El hombre libre avariento es esclavo, y el esclavo es libre si se contenta con poco.

» La noche es la parte del pobre.

» Si el hombre á quien necesitas va montado en un asno, dile: ¡Qué hermoso caballo llevas, señor!»

Se ve que fumando el kif, los pobres fellahs conquistaban la felicidad y el ingenio. R.

El bello ideal del matrimonio.

(Continuacion.)

Los condes y su sobrina se dirigieron á Parma y desde allí á Florencia, la ciudad de las flores y de los Médicis.

— Florencia es el alma de la Italia, se dijo Julia; allí debe encontrarse la belleza de esta hermosa nación.

El conde refirió la historia de la antigua Etruria, y la dominación en ella de los pelagos, los meonios, los ligurios, etc.

En seguida visitaron á Pisa y á Luca.

Todo aquello era encantador; pero las bellas florentinas, pisanas y luquesas, vivían ni más ni menos que las madrileñas, y adornaban sus balcones con ropa blanca puesta á secar.

Los hombres se agitaban en ese círculo de fuego trazado por las pasiones, que se llama política, y en todas partes se notaban las huellas de la revolución, las miserias de la ambición de los hombres.

En los hoteles, los dueños y los domésticos hacían con frac y guante blanco, lo que los antiguos venteros, sin tanta etiqueta, esto es, desollar al prójimo.

Al fin entraron en los Estados Pontificios.

— Esta parte de Italia debe ser otra cosa, pensó Julia; Roma es la capital del mundo cristiano, y ofrecerá sin duda admiración á la inteligencia, dulcísimas emociones al alma. Nada más bello que el espectáculo de las dos civilizaciones que allí aparecen confundidas; nada más sublime que el triunfo de la humildad representado por el cristianismo sobre la soberbia pagana.

Julia vió en la Ciudad Eterna cosas que no son para contadas.

Al lado de los grandiosos monumentos, las frescotas romanas que se peinaban á los rayos del sol, entregándose á un aseo repugnante á la vista.

Una porción de hombres robustos y aptos para el trabajo, especulaban con las antigüedades y otros objetos menos profanos.

La policía de la ciudad de los Césares no le pareció un modelo de policía; y luego había allí tal plaga de esos animalitos alevosos que pasan su efímera vida picando y saltando... que no tuvo más remedio que dejar algunas ilusiones en Roma.

Pocos días pasaron los viajeros en Nápoles.

Nada más bello que el paisaje del golfo, coronado por el Vesubio y engalanado con los risueños pueblecitos que hay desparramados por la montaña.

Pero al lado de tanta poesía, en la patria de Massaniello, entre aquellos hermosos hijos del sol ¡cuánta pereza!... ¡cuánta miseria!... ¡cuánta abyección!

Casi desnudos, recostados sobre el suelo, sin fuerza para nada, daban al lado de aquellas magnificencias un espectáculo tristísimo.

No eran más que la sombra de un pueblo.

Durante la estancia de Julia, el Vesubio tuvo una espantosa erupción, y sembrando en aquellos contornos la desolación y el espanto, obligó á los viajeros á alejarse horrorizados de un cuadro tan bello y tan triste al principio, tan terrorífico despues.

Julia deseaba ver á los bandidos calabreses, cuya descripción había leído en las novelas.

Su deseo no tardó en realizarse.

Al pasar los Abruzzos se vió de pronto asaltada la silla de postas en donde iban, por seis hombres de fiero aspecto, que no llevaban el traje tan limpio como los de las láminas iluminadas, ni el sombrero con las cintas azules ó encarnadas, ni la barba negra, graciosamente rizada, ni tenían en sus ojos esa luz que refleja la pasión de los meridionales.

Eran seis hombres altos, fornidos, de mirada torva, de rostro súcio.

En sus facciones no se pintaba más que la ferocidad, y su traje harapiento, y las armas desiguales que ostentaban en su diestra y en su cinturón, eran capaces de desilusionar al inglés más ávido de emociones.

Julia los vió de pronto y desaparecieron á su vista, porque el sacudimiento que experimentó, produjo en ella un profundo desmayo.

La fortuna quiso que los bandidos no pudieran consumar su atentado, porque en el momento de acercarse al carruaje vieron que se aproximaba un destacamento de gendarmes, y soltando su presa confiaron su salvación á la fuga.

Pero pueden creerlo mis lectores: cuando Julia volvió en sí no tenía muchas ganas de detenerse de nuevo á contemplar los pintorescos bandidos calabreses.

De Nápoles atravesaron el Adriático, llegaron á Venecia, y Julia, que recordaba la historia de la ciudad de los dux, no pudo menos de lastimarse, al ver á la hermosa reina del mar, señora del Oriente, convertida en esclava, viviendo bajo la pesadumbre de las cadenas del extranjero.

Y huyendo á toda prisa de este lúgubre espectáculo arribaron al Tirol, en donde esperaban que los risueños paisajes, que los cantares de los tiroleses y la poesía de aquellos lugares, borrarían la impresión que acababan de experimentar.

Vana ilusión.

Los tiroleses del Tirol no son como los tiroleses que vemos en Europa.

Si en general los habitantes conservaban el tipo bello de esta parte del Austria, los había también muy feos, y esto era un desencanto, sin contar con que muchos de los que realizaban la belleza del país, eran aficionados al dinero, comían y bebían como las demás gentes, y no solían por lo general tener mucho de lo de Salomon.

En estas excursiones emplearon mes y medio, y quisieron aprovechar los quince ó veinte días que les quedaban para llegar á Biarritz, donde, como el lector recordará, esperaba Antonio á su esposa.

Visitaron la Suiza, en donde se aburrían de lo lindo, porque si bien es cierto que las cabañas forman preciosos paisajes combinados con las montañas y los frondosos árboles, el carácter, en general, de los suizos, es egoísta, y la austeridad de sus costumbres, la sequedad de su trato, el espíritu matemático de todos sus actos y de todas sus palabras aburrían á Julia y le hacían exclamar:

— ¡Qué lástima! ¿por qué no habitarán los españoles en este país?

Visitaron las ciudades de Zurich, Lucerna, Berna, Neufchatel, y llegaron á Ginebra, donde se detuvieron para ver la casa del inmortal Juan Jacobo Rousseau.

La Saboya agradó mucho á Julia.

Es, con efecto, uno de los países más bellos de Europa, y no tiene más que un defecto:

La civilización.

Desde que todos los ricos ociosos de Europa se han dedicado á visitar la Saboya, se han establecido en sus hermosas ciudades, en sus risueños valles, fondas en donde los criados con corbata blanca y los maestros de ceremonias con frac negro y guantes de color de paja, saquean honradamente á los viajeros.

De donde resulta que el mejor medio de no perder la ilusión de la Saboya es verla... en panorama.

Una de las cosas más características del país, es la afición de los habitantes á la caza de la gamuza.

Pero otra de las más tristes es la muerte que consiguen estos atrevidos cazadores á través de los hielos, impulsados no solo por su deseo de matar gamuzas, sino por el de ganar el miserable precio que reciben por su arriesgada empresa.

Desconsoló mucho á Julia el espectáculo de infinitas viudas y huérfanos de cazadores, que imploraban la caridad.

Por fin llegaron al pié de los Alpes, y aquellas gigantes montañas en donde todavía, sobre la blanca nieve, parece dibujarse la audacia de Aníbal y de Napoleón, produjeron en Julia un efecto indescriptible.

Los habitantes de los Alpes padecen, al lado de las poéticas montañas, las enfermedades más prosáicas del mundo.

Es muy común en ellos el infarto de las glándulas, y no son pocos los que padecen el cretinismo, ó por otro nombre la imbecilidad.

Nada más frecuente ni doloroso que ver á multitud de jóvenes en una indolencia estúpida, con el cutis mar-

chito, la lengua torpe, y los párpados salientes y de un color amarillo bronceado.

Habia cretino que no profería mas que sonidos inarticulados.

Otros que apenas balbuceaban algunas palabras.

Otros que sin tener uso de razon eran capaces de imitar algunos trabajos campestres.

Julia, que habia leído muchas descripciones del monte Blanco, del monte de San Bernardo y de los ventisqueros, deseaba subir á los unos y contemplar los otros; pero precisamente dos dias antes de llegar á una de las fondas en donde solian albergarse los *touristes* veraniegos, habia ocurrido una desgracia.

Una jóven inglesa, deseosa de llegar á la cúspide del monte Blanco, impulsada por la curiosidad, que es la única pasion vehemente de los hijos de la Gran Bretaña, se habia separado de la comitiva, de los amigos que la acompañaban, y acercándose demasiado á un precipicio, habia caído en el abismo sepultándose entre la blanca nieve.

El suceso tenia consternados á todos los viajeros, y eran muy pocos los que se atrevían, no ya á subir á lo mas alto del monte Blanco, sino á llegar á los parajes en donde el enrarecimiento del aire produce generalmente un sueño fatal.

Mucho admiraba á Julia la abnegacion, el heroismo de los monges de San Bernardo, el instinto y la fidelidad de los célebres perros; pero las historias de las desgracias acaecidas en aquellos parajes, relatadas y comentadas por todos los habitantes del pais, le intimidaron, y escuchando los consejos del conde, abandonó su proyecto de contemplar de cerca todas aquellas magnificencias.

Estando en la Saboya, ¿cómo no ver á Niza?

Y estando en Niza, ¿cómo no ver á Alfonso Karr?

— Es un gran novelista, se dijo Julia; todas sus obras se hallan impregnadas de ese sentimiento delicado que engendra la verdadera poesia: el autor de *Genoveva*, de *Una hora mas tarde* y *Bajo los tilos*, debe tener un alma grande, debe ser uno de esos hombres privilegiados que inspiran á un mismo tiempo una admiracion inmensa y una simpatia vivísima.

Como Alfonso Karr tiene casa abierta, es decir, como es jardinero de Niza, fueron á visitarle á su jardin, y guiados por el célebre novelista, admiraron sus grandes progresos en la floricultura.

Pero como el bueno de Alfonso Karr tiene preciosos ramilletes de violetas y de otras flores, adornados con lindas cintas en las que aparece el autógrafo del escritor; y como cada uno de estos ramilletes vale veinte francos, no tuvieron mas remedio los condes y su sobrina que cambiar por los productos de su jardin dos ó tres billetes de banco, que el novelista aceptó con el mayor gusto, y guardó en su caja, apuntando en su libro de idem, la salida del producto y la entrada del dinero.

— ¡Y esto es un novelista! se dijo Julia; ¡y un hombre así conmueve con sus libros!...

Estaban ya á mediados de julio, y como Antonio esperaba á su esposa en Biarritz, solo emplearon ocho dias en dirigirse desde Niza á Marsella, y desde Marsella á Paris, en donde visitaron muchas de las curiosidades que se enseñan al viajero á peso de oro, y vieron á Lamartine, el cual les dió tambien su autógrafo, mediante un compromiso escrito de suscribirse á todas sus obras.

Despues de este nuevo desencanto se encaminaron á la bellísima residencia que tienen los emperadores al pié de los Pirineos.

Julia habia perdido muchísimas ilusiones durante su viaje.

Las cosas de cerca no eran ni con mucho lo que le habian parecido desde lejos, y entonces comprendió el axioma vulgar de que no hay gran hombre posible para su ayuda de cámara.

Pero lo que perdió su imaginacion lo ganó su salud.

Ella que habia salido de Madrid, débil, ojerosa, dominada por esa enfermedad que las señoras llaman los nervios, sin apetito, con ese desaliento propio de los que sufren al ver que no realizan los ensueños de su imaginacion; al llegar á Biarritz, se encontraba ágil, robusta.

Sus mejillas habian recobrado la lozanía y el color de los quince años, sus ojos parecían mas brillantes, mas vivos, todo revelaba en ella un estado de perfecta salud.

Al llegar á Biarritz, en donde Antonio, cumpliendo su promesa, habia preparado para recibirla una lindísima casa con vistas al Océano, no pudo menos de entusiasmarse al verla tan favorablemente cambiada.

A la alegría que el bueno de Villaverde experimentaba, porque ya se habian inaugurado las obras de su ferro-carril, porque habia colocado las acciones con gran ventaja, en una palabra, porque era ya todo un capitalista, se unió la inmensa satisfaccion de encontrar á su esposa en un estado tan floreciente.

Al estrecharla entre sus brazos dió por bien empleada su ausencia, y bendijo al cielo porque le devolvía su preciado tesoro.

El tiempo y la distancia habian irresistiblemente aumentado para Julia las cualidades de su esposo; para Antonio las bellezas de su cara mitad.

Su felicidad al volver á verse fué inmensa.

Con decir que Antonio no fué bueno, y que sin embargo su esposa se lo agradeció, comprenderá el lector hasta qué punto era dichosa Julia.

Al dia siguiente de su llegada, vió esta sobre un velador una porcion de periódicos.

Hojeándolos al acaso, halló en sus columnas grandes

elogios al genio emprendedor, al acierto, á la probidad, á la honradez de su marido.

Esto acabó de completar la gran idea que el viaje, el desengaño, el tiempo y la ausencia le habian hecho formar de él.

Mas entusiasmada que nunca... — pero poco á poco, que este capitulo es muy largo, y algo he de dejar para los que vienen.

IX.

DOS CORAZONES EN UNO.

¿Quién es capaz de vivir sin una esperanza cuando menos?

Nadie.

Hasta los desgraciados que atentan á su vida en un raptó de desesperacion, como dice el vulgo, tienen una esperanza al quitarse esta vida: la de ser mas felices en la otra.

Julia, que por dejarse seducir de su imaginacion, esa eterna serpiente del paraíso ideal á quien por pura galantería han llamado algunos autores *la loca de la casa*, habia dado hasta cierto punto derecho á su confidente musical para aspirar á su amor; Julia, que siendo incapaz de faltar á sus deberes, despues de una expansion tan grande como la que recordarán los lectores, se habia separado algo de su esposo y habia sido capaz de abandonarle, de posponerle á su sed de impresiones de viaje; Julia, repito, al ver la realidad de sus ensueños, al tocarla, sufrió un inmenso dolor; pero en medio de su naufragio necesitaba la consabida tabla salvadora.

Amando á su marido con toda su alma, cumplía un deber sagrado y encontraba una satisfaccion, que por de pronto y despues de perder sus mas queridas ilusiones, era mucho mas de lo que necesitaba para vivir.

El tiempo habia arrebatado las encantadas hojas á la flor, y Julia empezaba á comprender la poesia del fruto.

Pero como no hay mal que por bien no venga, y como lo que se pierde por un lado se gana por otro, el perfecto estado de su salud, la importancia que Antonio habia adquirido á sus ojos, la belleza de Biarritz, los solitarios paseos que daba con su marido, la felicidad real que disfrutaba su alma, produjeron en ella una reaccion favorable al amor conyugal.

— ¡Cuánto me quiere Antonio! se decia; ¡con qué interés observa mis deseos y los complace! ¡Qué injusta he sido abandonándole! Cediendo un poco cada cual por su parte, hubiéramos llegado á comprendernos.

Tambien pensaba otras cosas, que ni aun á su íntima amiga hubiera confiado.

Antonio mandó preparar la casita de Biarritz sobre poco mas ó menos como la de Madrid; es decir, que dispuso un dormitorio y un gabinete para el uso exclusivo de su esposa.

En el gabinete habia un piano, y en una preciosa biblioteca de ébano estaban los cuadernos de música, y los libros cuya lectura agradaba mas á Julia.

Esta delicada atencion de Antonio la entusiasmó, y se prometió pagarla con usura.

En sus apartes con su esposo, que eran frecuentes: — ¿Has recibido cartas de Madrid? le preguntaba.

— Sí.

— ¿Y qué noticias hay del ferro-carril?

— Muy buenas; las acciones suben, las obras marchan con rapidez; pero tambien me escriben anunciándome que dentro de unos dias llegará á mi poder la partitura del *Fausto*, que he pedido para que te distraigas.

— ¿De modo que la línea estará concluida dentro de los tres años que calculaste?

— Yo lo creo... pero te aseguro que pasarás momentos deliciosos interpretando la música de Gounod.

Estos diálogos, como se ve, eran una continua y mútua concesion que se hacian los esposos.

Cuando se retiraban á las once ó las doce, rogaba Antonio á Julia que tocara el piano.

— No, respondía la jóven, ya es tarde, y podemos despertar á los vecinos; hablando se hace menos ruido.

Y muchos dias les sorprendía la luz del alba hablando como dos enamorados.

Contando Julia á su marido sus tristes impresiones de viaje, confiándole con mas frecuencia y con mas expansion que nunca la felicidad que experimentaba á su lado, pasó los últimos dias de julio y todo el mes de agosto sin sentir, como se dice vulgarmente, aunque sentía algo extraordinario en su alma.

Dos ó tres dias antes de abandonar á Biarritz para volver á Madrid, se levantó Julia muy temprano y rogó á Antonio que la llevase á dar un paseo matutino por la playa.

Antonio notaba desde hacia una semana que su esposa hablaba menos y meditaba mas.

Muchas veces la sorprendía silenciosa, pensativa, y como poseída de un éxtasis que le hacia olvidar todo cuanto la rodeaba.

Además no se atrevía á mirarle cara á cara, y si por acaso se encontraban sus ojos, las mejillas de Julia se encendían.

— ¿Qué tendrá? se preguntaba Antonio, sin comprender la causa de aquel cambio.

La inesperada proposicion del paseo le agradó.

— Tal vez quiere decirme algo con mucha solemnidad, pensó Antonio, y se apresuró á complacer á su esposa.

Los dos salieron muy temprano.

— ¡Qué hermosa es la vida! exclamó Julia de pron-

to, apoyando su brazo en el de su marido, impulsada por uno de esos movimientos que parten del corazón. ¿No es una inmensa dicha admirar ese cielo azul que representa lo infinito; ese mar que se extiende á lo lejos y envía sus olas á la orilla para que se humillen ante la voluntad de Dios; esas montañas que ocultan en sus pliegues numerosas aldeas en donde se conservan en toda su pureza los sentimientos que ennoblecen á las criaturas?

JULIO NOMBELA.

(Se concluirá.)

El escultor Dantan.

Un escultor muy popular, Juan Pedro Dantan, acaba de morir en Baden de un ataque de apoplejía. Tenia la edad del siglo, y si en Francia le llamaba *el Jóven*, era para distinguirlo de su hermano, si bien por su inalterable alegría y por la viveza de su inteligencia, probó que hasta su última hora habia merecido aquel epíteto.

Dantan estudió con su padre, que era escultor en madera, y luego fué discípulo de Bosio: la primera obra que presentó fué un busto de Pio VIII.

Pero muy luego, siguiendo la inclinacion de su ingenio satírico, comenzó la extraordinaria serie de figurillas caricaturescas que desde 1830 le hicieron célebre. Durante muchos años no se hablaba en Paris mas que de su museo. Dantan vivia entonces en la cité de Orleans, donde habia fundado el *club des Dominotiers*. Todas las noches habia reunion, y se jugaba al dominó con unas fichas que tenian la friolera de 10 centímetros de altura.

Nada mas curioso que el estudio de este artista, con su techo lleno de serpientes, tortugas y aves de toda clase, entre ellas un águila con las alas desplegadas, que miraba á una leona y á un leon disecados: un verdadero leon del Atlas, que mató Jules Gerard. Poetas, músicos, hombres de Estado, artistas dramáticos, capitalistas, pintores, hombres de mundo, todo estaba revuelto en aquella galería de notabilidades. No citaremos nombres, porque se contaban por centenares. Cada estatua tenia en el zócalo el nombre del personaje, escrito en un geroglífico que cada uno de ellos era un equívoco chistoso.

Dantan poseia un talento particular: en cuanto habia visto una vez á una persona, ya se quedaba su rostro impreso en su memoria, y le reproducía con una fidelidad verdaderamente admirable. Sobre este punto la crónica abunda en anécdotas. Un hermano quiere tener el busto de su hermana moribunda, un padre el de su hijo, y como los enfermos son impresionables, Dantan, con un disfraz cualquiera, se introduce en la alcoba, mira una vez, y ya le basta. A poco despues ya está hecho el busto.

Dantan no era de la Academia; se habia presentado una vez, y no habiendo sido nombrado, abandonó para siempre su candidatura, de modo que ha muerto con las únicas palmas que habia sabido conquistarse. Su cuerpo ha llegado de Baden á Paris, y ahora descansa en el cementerio del Padre Lachaise, donde se habia elevado una tumba, al mismo tiempo que hacia construir su casa de la calle Blanche. C. P.

Exposicion

INTERNACIONAL DE ECONOMÍA DOMÉSTICA EN AMSTERDAM.

Cuando se propuso la Holanda organizar una exposicion internacional de la industria, tuvo por objeto reunir y comparar los objetos que por su baratura se encuentran mas particularmente al alcance de las clases numerosas. Prescindiendo de su magnífico Palacio de la Industria, á la ciudad de Amsterdam correspondía esta exhibicion por la importancia de su poblacion y de su comercio. Digamos desde luego que esta fiesta industrial y popular ha obtenido un éxito completo.

Las naciones llamadas á concurrir con los Países Bajos son las siguientes: Francia, Bélgica, Inglaterra, Austria, Alemania, Dinamarca, Suecia y Noruega. Así ha sucedido que el palacio edificado hace algunos años era muy estrecho, y ha habido que construir algunos anejos y pabellones en el hermoso jardin que le rodea.

La seccion francesa es la mas numerosa: la clase de las telas es brillante, y hay una gran cantidad de buena calidad y á precios arreglados. Tambien los libros franceses llaman la atencion: las primeras casas de Francia han expuesto sus publicaciones baratas, y sabido es que estas interesantes series tienen un valor real y positivo para las poblaciones obreras ó rurales.

Entre los demás países, la Bélgica merece una mencion particular; así ha demostrado una vez mas hasta qué punto de adelanto ha llegado la industria.

En cuanto á la seccion holandesa, encierra algunos productos muy interesantes; pero la fabricacion industrial no es su especialidad, sino el alto negocio internacional y marítimo. Sin duda alguna esta exposicion contribuirá á desarrollar el movimiento comercial del gran puerto de Amsterdam, lo que deseamos, pues es una magnífica capital, donde se ha hecho todo lo posible

para complacer á los miembros del jurado.

La reina quiso honrar la exposicion con su presencia, y con efecto, llegó de La Haya para hacer una larga visita, interesándose sobre todo en lo que llenaba mejor las condiciones del programa.

Su Majestad permaneció largo rato en la seccion francesa, y felicitó á los organizadores de la seccion: vestía un traje de seda de color oscuro, sembrado de grandes mariposas de vistosos colores, y un pañuelo de la India recogido á la moda actual.

El príncipe Enrique y la princesa su señora, acompañada de su hermano, el príncipe de Sajonia Weimar, visitaron también detenidamente la exposicion de economía doméstica que pareció interesarles mucho.

Finalmente, la comision holandesa ha hecho cuanto estuvo en su mano para amenizar la estancia en este país tan rico en recuerdos, tan curioso por el aspecto de su naturaleza, tan notable por la perseverante voluntad de sus habitantes y la solitud con que atienden á la instruccion primaria.

Ante todo citaremos la serie de comidas oficiales ó privadas, y entre estas últimas debemos señalar las de M. Coster, cónsul general de los Países Bajos en Paris. Luego hubo el gran banquete que dió el baron de Mackay en Scheveningen, hermoso establecimiento de baños de mar situado cerca de La Haya.

Después merece mencionarse la interesante visita que hicimos á las obras que se ejecutan para unir por

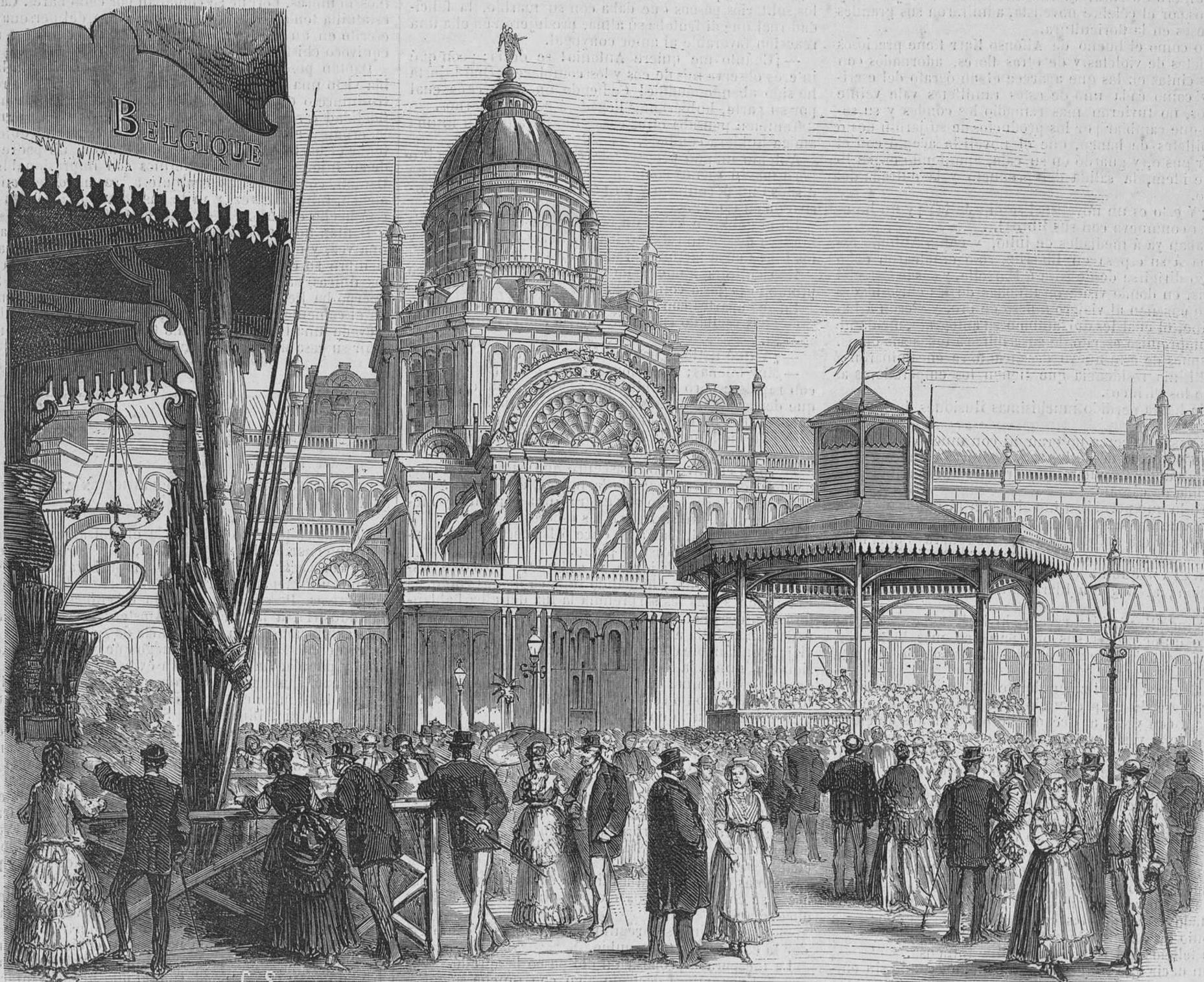


El escultor Dantan.

un canal directo el puerto de Amsterdam con el mar del Norte, lo que abrirá á los buques un camino mas seguro y menos largo que el del Texel. Estas obras son verdaderamente grandiosas y dignas del pueblo que ha sabido dominar un mar rebelde, y ponerse al abrigo de sus incesantes ataques.

Finalmente, digamos algo también de la bonita excursion que M. Van der Vliet, presidente del comité holandés de instalacion, nos hizo emprender á la isla de Marchen, situada á algunas leguas en el Zuyderzee. Ningun árbol crece allí, las oleadas la barren con frecuencia y pasan por debajo de las chozas de tablas, la mayor parte levantadas sobre estacas, donde viven unos mil habitantes dedicados todos á la pesca. Pero son unos hombres altos y robustos, como también sus mujeres, que han conservado los usos y costumbres de hace tres siglos; todos ellos saben leer y escribir, y lo mas extraño es que sus chozas están llenas de muebles antiguos de madera esculpida, de antiguas porcelanas de Delft y del Japon, traídas de los viajes de ultramar, y conservadas en la familia con un cuidado religioso. Y luego llama también mucho la atencion el aseo que se observa en esas casas, y lo bien arreglados que en ellas están aquellos objetos. Cree uno estar en un museo. ¡Pueblo feliz y apacible, donde en los últimos tres años no se ha visto un borracho, y en los diez últimos años no se cuenta mas que un solo nacimiento ilegítimo!

C. P.



Exposicion internacional de Amsterdam. — La entrada del palacio.



Exposicion internacional de Amsterdam -- Vista tomada en la cara principal.

Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

LA SERRANA DE CINTIA.

NOVELA QUINTA ESCRITA SIN LA LETRA U.

(Conclusion.)

Todos eran partes y todos pedian satisfaccion: don Tello Osorio, padre de doña Isabel y don Félix, así decia:

— Hombre loco, bárbaro y bajo en el proceder, si noble en la sangre, ¿cómo determinaste á infamar mi casa, entrando en ella y saliendo á deshora noches tantas?

Doña Isabel decia:

— Amante desleal y falso engañador, ¿cómo osastes á faltar con la palabra dada y á contraminar mi casta honestidad en la opinion y fama, sin merecerlo ni hacer la menor ofensa?

Doña Clara, la otra hermana, decia:

— Yo le ahogara en esta silla, si en mis manos me dejaran este tirano.

Don Baltasar, su padre, así decia:

— Hijo ingrato, los hombres nobles no faltan á la palabra dada sin hacerseles primero ofensa grande, ó faltar con ellos primero la parte; pero si de la de don Tello Osorio no hay nada de esto, y es padre de tan nobles señoras, como tiene por hijas la grande honestidad y fama, ¿cómo dejás el tratado casamiento y te partes á contraerle en esta casa, con pena de cien mil reales y de ser preso? Mas hizo ayer tarde notificar don Tello te entregase para satisfaccion y desempeño de lo concertado; y sabiendo él, ó sospechándolo por indicios residias en este palacio, me pidió, para mas obligarte, le acompañase, y lo mismo como amigo á don Sancho de Agramonte para testigo; y así lo hicimos, tanto por desear satisfacerle, como por desengañarle yo de la inocencia mia en esta desobediencia. Dale, hijo, al instante la mano á doña Isabel Osorio; así te lo aconsejo y mando; mira, no faltes á lo prometido; y si así no lo hicieres, entrégate á prision; orden trae para todo don Tello, y bastantes papeles; pero jamás me llames padre; mira no te rindas á mocedades, precipitado en el apetito; y si acaso intentas desposarte con la presente y peregrina belleza de Jacinta, será imposible.

— No será sino posible, dijeron él y ella conformes.

— No lo permita Dios, replicó don Baltasar, y añadió mas estas palabras:

Mas ya sería tentarle no manifestar, señores, este secreto. Todos me dad atención; admirareis el caso y experimentaréis cómo el hallaros hoy en este palacio no ha sido sin orden expresa del cielo; y para no teneros mas perplejos, sabreis en pocas palabras cómo don García no es mi hijo, hijo sí de doña Catalina de Ribera, y legítimo hermano de doña Jacinta, y entrambos mellizos nacidos del mismo parto; pero sobrinos míos, hijos de don Teodosio de Castro, mi hermano (téngale Dios en la gloria); siendo mozo pasó á mejor siglo; él y yo asistimos en Madrid en la edad mas lozana; y topando acaso en el Prado cierta mañana la belleza presente de doña Catalina de Ribera, se enamoró de ella, acompañóla, rondóla la casa hartos dias, y pidióla en casamiento: negáronse; mas los ánimos de él y de ella conformes en el mismo amor y recíproco contento, se desposaron de secreto, temiendo no se lo impidiesen los padres si llegasen á saberlo. Gozáronse, hizose doña Catalina preñada, sacóla él de la paterna casa y corte de Madrid, y poniéndola en cierta aldea de las colaterales, insignes montes de la region Carpentana; le asistió, como de antes, leal esposo y fino amante. Llegóse del parto el deseado tiempo, y nacieron estos dos hermanos. Decid, señora doña Catalina, si es así y os acordáis de esto, y perdonadme si he andado demasiado.

— Mas ella con callar y bañarse en lágrimas la cara, otorgó á todo, y don Baltasar, pasando adelante, dijo:

— Ofreciósele á mi hermano dentro de pocos dias pasar á Indias con cierto cargo; dejós la hija, por no desconsolaros del todo, y hacienda bastante para criarse como hija de tal padre; y á mí el hijo, pidiéndome encarecidamente le hiciese criar y tratase como propio mientras él llegase. Así lo he hecho siempre; pero él desde allá pasó de cierta enfermedad á las Indias del cielo. Mirad ahora, don García si será posible te cases con doña Jacinta, legítima y propia hermana; permission, como dije, ha sido del cielo llegásemos en esta ocasion; y así ya no hay impedimento para dejar de dar la mano á doña Isabel Osorio; dásela presto, acaba, y ahorremos de pleitos y enfados.

Admiró á todos el caso y entristeció notablemente á los dos amantes; pero como hermanos, se dieron entre lágrimas honestos abrazos; y animándose don García á satisfacer al tío, lo hizo en esta forma:

— Señor don Baltasar, tío amado, mal dije tío, padre digo, á pesar de mi destino, siempre como á tal os obedecí y os obedeceré en lo lícito, como lo hago en dejar de casarme con Jacinta; y así, dándose ya con diferente

amor los brazos, la reconozco hermana, si la perdí adorada esposa; pero casarme yo, siendo noble, con doña Isabel de Osorio, ingrata y desleal á mi amor, amante de otro galán y parida de él, pasando á mis ojos todo, y siendo yo de todo testigo cierto, no lo permitan los cielos ni me lo mandéis, padre; preso sí iré antes y contento, y moriré como honrado en la prision, por no casarme con infamia.

Coléricos sacaron contra él las espadas los dos Osorios, padre é hijo, pareciéndoles todo falsedad y engaño para eximirse; pero metiéndose con presteza en medio doña Isabel, con alegre y risible semblante así dijo:

— Tened, señores, las espadas y envainadlas, y domad la cólera; caso es este de alegría y de contento, no de sobresaltos ni de rigores; yo dejaré á este celoso señor bastantemente desengañado, y á todos los presentes de mi honestidad y honor satisfechos. En esta casa asistió dos años por criada esta moza llamada Inés. Antes de yo en Lisboa recibirla, bien creo la conoceis, señora. Yo la recibí teniéndola por doncella honesta, y como á tal la mostré siempre afición, y ella sabia grangearla, fingiéndose recatada y haciendo en todo por agradarme; mas en pocos meses empecé á tener de ella sospecha, por hallarla con señales patentes de preñada. Díjésete, determinada á despedirla; pero deshaciéndose en lágrimas, negando siempre, clamando y echándose maldiciones, me hizo creer era opilación, procedida de cinco ó seis faltas en la femeníl y general pension; y así no solo me compadecí de ella, pero le pedí me perdonase; mas de esta opinion tiene bastante noticia mi hermano; presente está y no me dejará mentir. ¿Es así, señor don Félix? No os pareis colorado donde pelagra mi honor. En fin, la enfermedad llegó á hacerse patente con los dolores del parto; echóseme á los piés la moza, pidiéndome de rodillas, con lágrimas infinitas y por las llagas de Dios, no la desamparase en necesidad tan grande. Y para mas empeñarme, me dijo como era yo no poco interesada en la parte del niño ó niña en el mismo parto, por originarse y proceder la preñez del engaño por ella hecho á don Félix, mi hermano, cierta noche, gozándole ella con el ardid de tercera y con la traza de fingirse para este efecto la preñada y adorada persona doña Jacinta de Ribera, instándole primero él á solicitarla; y en abono de esto, me mostró este papel de la misma letra y firma de don Félix mi hermano, y en él promete ser esposo de Jacinta; este es, señora: don García, tomadle y empezad á satisfaceros, y atendedme: compadecime de la afligida moza, consoléla, y al asistirla piadosa, me arrojó en los brazos el mas lindo y perfecto niño del orbe. Pidióme le hiciese criar con secreto; rogóme no lo llegase á saber mi padre; díjeme llamase al lacayo de casa y se le entregase, y él le daría á criar, entendiendo era hijo propio, respecto de tenerla gozada y estar ella con él casada de secreto: iría ya en ocho meses; llaméle, y yo propia se lo eché por listones desde el balcon y le encomendé le diese á criar con diligencia á persona conocida. Estaría, conforme creo, á este tiempo en la calle escondido don García, acechando y mirándolo todo, y otras noches antes oíría hablar á los dos amantes, y celoso, entendedria era yo la habladora y madre propia del niño.

— Así pasó cabalmente, respondió don García.

Postándose á las plantas de doña Isabel Osorio, le pidió le perdonase; ella le dió los brazos; y él, alegre y contento, mano y palabra de esposo, ratificando la de antes dada en Lisboa, con gozo y alegría grande de todos, principalmente de los amigos don Félix y don Diego, por hallarse los dos solos, como de antes, competidores de la belleza de Jacinta; y así le pedian con indecible instancia acabase ya de elegir por esposo al mas feliz: lo mismo le pidieron la madre y los demás, deseosos de darle el parabien y de celebrar tan deseada y pretendida boda; mas ella, por complacerlos, así dijo:

— Madre y señores míos, si es forzoso elegir, y en efecto ha de ser, no es bien sea con flores; no acierte á trasformarme en hermano mio al electo esposo, como le aconteció á don García. Yo propia me determino á dar el fallo; y así, confesando á entrambos por beneméritos, y al no electo digno de mayores honras, premios y belleza, elijo (Dios me encamine) elijo, digo, por señor mio y esposo, no por mas méritos, mas por interior inclinacion, la blanca flor y cándido jazmin de don Diego de Agramonte; esta es mi mano de leal esposa.

Al ir á besársela don Diego y á darle los brazos, se lo defendió don Sancho Agramonte, diciendo:

— Teneos, don Diego; no se los deis tan apriesa; sepamos primero cómo se los dáis, si como hermano ó como esposo.

Riéronse todos y solemnizaronlo grandemente, pareciéndoles sería dar como al electo esposo; pero don Sancho, pidiéndoles le diesen atención, así dijo:

— Don Diego, señores, es tambien, como don García hermano de Jacinta, no hijo de la misma madre, pero del mismo padre, y así es imposible casarse con ella; esto es cierto é infalible, y si os pareciera increíble, testigos daré hartos, si no se me diese crédito en este caso; no os cansaré ahora en nombrarlos; pero acacé en esta forma: Don Teodosio de Castro, padre de don García y de Jacinta, antes de serlo y de casarse en Madrid con doña Catalina de Ribera, y como ya se lo oiséis referir á don Baltasar de Sosa, residió primero cerca de tres años en Cádiz, y yo asistí entonces con mi casa y familia; y así por el parentesco como por la gallarda persona le cobré afición grande, y los dos teníamos amistad y nos correspondíamos. Tenia yo en mi casa cierta doncella parienta mia, no demasadamente rica, pero hermosísima, en compañía de mi consorte,

con intento de darla estado é inclinarla al de monja: este era mi deseo; mas él, aficionándose de ella, la gozó con ardid notable y dejó con recelos de preñada. Sentílo en el alma, y con esta necia mocedad ó rapacería pasé con él no pocos enfados, y mi esposa los mismos: intenté matarle; pero considerando como por este camino no era posible remediarse el daño y deshacerse el delito, elegí el mejor medio: tratar de prenderle, para obligarle á casarse con ella; pero él, así por conocer mi deliberado ánimo, como por crecer en él cada dia la afición y amor grande de la adorada preñada, se me echó á los piés, pidiéndome con instancia le perdonase y se la diese por esposa. Concedíselo afable, desposáronse alegres, y de este legítimo primero matrimonio nació don Diego de Agramonte; pero con poca alegría del padre y toda la casa, respecto de celebrarse con lágrimas el nacimiento, por ocasionarse á la triste madre de tan trabajoso parto cierta enfermedad grande, y morir de ella en menos de tres dias, con notables ansias. Dentro de dos años se pasó don Teodosio de Castro á la villa de Madrid, á pretender el cargo para las Indias; pero hallándose en el Prado las de la belleza de doña Catalina de Ribera, por hallarse ya sin impedimento, se desposó con ella, pidiéndome por cartas y encargándome por amigos con instancia le hiciese placer y amistad de hacerle criar y tomar á mi cargo el niño; y así lo hice, criándole en mi casa, trayéndole en mi compañía á Lisboa, y tratándole siempre como á hijo. Dalle ahora los amorosos brazos de don Diego á Jacinta, pero como hermano; pero si como esposo don Tello Osorio os concediere se los deis á doña Clara, teneos por felicísimo. Yo por lo menos de mi parte se lo pido, y estos señores, como amigos, le pedirán lo mismo.

— Sí pedimos, dijeron todos.

Pero don Diego, colérico, dijo:

— Señores, yo no trato de casarme ni lo pretendo. ¿Cómo, si yo no lo pido, lo piden?

— Mas oponiéndosele don Félix, así dijo:

— Señor don Diego, de hombres nobles es dar satisfaccion á lo prometido; bien os acordareis del concierto hecho entre los dos en esa sierra, de si en la pretension de esposo de la hermosa Jacinta saliese electo, yo me iría al instante á la corte, y pretendería casarme con cierta prima mia; pero si Jacinta á mí me eligiese, os casaríades con doña Clara, mi hermana menor. Si esto es así, ya lo teneis presente. ¿Cómo os eximis de lo prometido?

— Señores, respondió don Diego, ¿este palacio está acaso encantado? ¿O cómo experimentamos en él estas metamorfosis de Nason, estas trasformaciones? ¿Cómo llamais á esta señora doña Clara hija de don Tello Osorio, si no lo es? Y conozco yo por hija de don Gerónimo de Cárdenas, asistente en Lisboa en ciertas casas grandes, enfrente del Loreto; y por mas señas tiene otra hija, niña de seis ó siete años. ¿Y cómo me decís me case con ella, estando ella ya casada con otro amante, mozo galán y gentil hombre del hábito de Santiago y capitán de Flandes? Esto, señores míos, es infalible; no hay en esto engaño. Yo por mis ojos lo noté todo, ni ella creo lo negará. ¿No os acordáis, señora doña Clara, de si os hablé cierto dia de fiesta en el Cármen de Lisboa, y tratando á lo cortés y galán de acompañaros hasta el coche, me lo impidió el referido capitán, y le disteis la mano, y él os acompañó dentro del coche hasta la casa?

— Cierta es eso, como lo referís, señor don Diego, respondió doña Clara; pero ese capitán amante era mi hermano don Francisco Osorio, recién llegado de Flandes. Al presente está pretendiendo en Madrid. En casa de don Gerónimo entramos entonces á darle el parabien del casamiento á la hija, llamada tambien, como yo, doña Clara. Informaos mejor, señor don Diego, otro dia, y no infameis así á los amigos, ni habléis con tan poco respeto á las damas.

Atajado se halló don Diego, y así al instante, echándose á los piés de doña Clara, confesando la ignorancia procedida del yerro de no conocerle antes al capitán tampoco por hijo de don Tello Osorio, le pidió mil perdones, y los mismos á don Tello, pidiéndosela por esposa; él lo otorgó alegre, y ella, con gran contento, le alzó de la tierra, dándose los dos, en amorosos y recíprocos lazos, palabra de casamiento. Lo mismo hicieron al instante, con general alegría de todos los asistentes, la hermosísima Jacinta y el gallardo don Félix, alternando todos en repetidos y amorosos afectos, los célebres placeres, y en dilatados conceptos y encarecidos elogios y encomios de felicidades y alegrías tantas.

Todos, señor don Inigo, reposaron esta dichosa noche, y con la misma alegría y contento asistieron en el ínclito palacio largo espacio de dias: para lo necesario y preciso para las tres bodas, se negoció bien presto en Lisboa, y señalándose para ellas dia cierto, se celebraron todas tres en Cintia, en el mismo palacio, donde se halló este dia lo mas florido de la nobleza de Lisboa, y se hicieron grandes fiestas. No os las refiero por extenso por no cansaros, y mas por celebrarlas por inmortales la fama en mármoles de bronce, por la bizarria, costosas galas y adorno en las desposadas, y por la belleza rara é infinitas damas, señoras brillantes, estrellas todas, con el esplendor de los tres soles de Jacinta, Isabel y Clara, por la cantidad increíble de los epigramas y madrigales, y otras poéticas rimas, ya cantadas, ya leídas en certámen. Y por lo extremado de los saraos y danzas, sortijas y máscaras, comedias, entremeses, todo por excelencia perfectísimo, señorial, agradable, donoso, entretenido; y tan alegre todo como estarán los críticos mordaces, gritadoras ranas del cenagoso lago de la envidia, al leer estos rasgos de la accion, tachándolos de

desgarrados por lo largo y por lo necio; pero no podrán en lo esencial de lo histórico, como infalible y cierto. Pero adios, amigo, y él os dilate los días, no á los años de Nestor solamente, sino á mas dilatados siglos, y os prospere y eternice la felicidad y contento, como deseais y lo deseo. — Casa, miércoles.

Tradicion de los rabinos de Jerusalem.

LA PECADORA DE LA CIUDAD.

« ¡Yo he creado siete mares! dice el Señor; ¡pero no me he reservado para mi mas que el mar de Genezareth! »

¡Genezareth! ¡Genezareth! ¿Qué ha sido de tu belleza, de tu alegría y de tu antiguo esplendor? ¿Qué se han hecho las quince villas que recostadas perezosamente entre palmeras y terebintos, entre mirtos y tamarindos, ceñían tus verdes riberas como guirnalda de flores una frente virginal?

¿Qué fué de la multitud de lujosas barcas que cruzaban día y noche tus limpidas aguas, convirtiendo tu inmenso lago en una sola ciudad?

¿Qué se han hecho Betzaidha, cuna de Pedro; Corazain, su bella y maldita hermana; Magdala con sus salutíferas aguas, y Capharnaun la hermosa, pero ingrata morada del profeta de Israel?

¡Genezareth! ¡Genezareth! (1) Paraiso de la tierra, region amada del cielo, perfumada con el aliento y el amor del Salvador, ¿por qué gimes triste y desolada? ¡Ay! ¡Tus ciudades se han arruinado, tus campos se encuentran yermos, y en tus agostadas riberas, sólo se ven algunos harapientos pastores que cuidan sus escuetsos rebaños, y los errantes peregrinos que van á adorar las huellas de su Santo Redentor!

¡Hubo un tiempo, muy lejano, en que tus tierras y tus aguas daban los frutos de todos los climas, los peces de todos los mares, y frutas en toda estacion; en que las bendiciones del cielo y las bendiciones de la tierra, se unian para hacer de tus riberas el reflejo del Eden!

¡Genezareth! ¡Genezareth! que viste al Señor un día andar sobre tus ondas, mandar á las tempestades y hacer de tus pescadores los mensajeros de Dios, ¿por qué cerraste el oído á sus voces y á sus amores el alma, ha caído sobre tu frente tu tremenda maldición!

¡Y tú, Magdala, torre orgullosa que alzabas al cielo tu soberbia frente y brillabas con el esplendor de mil luces al eco de las armonías « hugags, » de las « sambacas » y de los « psalterios, » héte ahí convertida en ruinas, sin que interrumpas tu silencio, mas que el vuelo de las palomas campesinas que bajan á escarbar tus escombros desde las históricas cavernas de Arbalá!

¡Un día, ese opulento alcázar era la mansion del placer y la alegría; y lo mismo los hijos de los príncipes y senadores judíos, que los tribunos y los patricios romanos, venian á deponer su orgullo los vencedores, su rencor los vencidos, á los piés de la hermosísima hebreá Mirjhan de Magdala que ceñía á su frente de veinte abriles, la triple corona de la nobleza, de la opulencia y de la beldad!

¡Y es que los judíos veían en su espíritu varonil y entero, la noble hija de los Macabeos, y los romanos á su vez al penetrar en aquellos pórticos de columnatas de pórfido, y en los cubículos resplandecientes de espéculos, bronces y estatuas, se creían trasportados á una de las fastuosas moradas del foro ó de la via Appia. Aquellos la juzgaban hebreá de corazon, aunque no en sus costumbres; estos una romana por su despreocupacion y su cultura; y como unos y otros encontraban franca y deliciosa hospitalidad en sus salones, que hervian en continuas fiestas, de ahí que todo el día resonaran en ellos los voluptuosos cantares del Latium, mezclados con las siempre severas salmodías de la raza de Moisés.

Y la vida que en ciertas estaciones hacia en el castillo de Magdala, continuaba del mismo modo cuando habitaba en Jerusalem, sin que se preocupara absolutamente de la deplorable impresion que causaba esta existencia de disipacion y de placeres en un pueblo cuyo espíritu místico y cuyo carácter profundamente religioso, llevaba el respeto á las exterioridades, hasta la supersticion.

Así es, que principiando por sus hermanos Lázaro y Martha, siguiendo por los demás parientes, y acabando por todas las demás gentes á que se hallaba unida por relaciones de familia ó de amistad, se vió poco á poco abandonada de todos, encontrándose, en el tiempo á que nos referimos, completamente aislada en medio de su pueblo, como si se hallara tocada de la lepra, ó manchada por la traicion.

Preciso es confesar, sin embargo, que en la desfavorable opinion que tenían de ella, entraba casi tanto como el espíritu farisáico de religion, el sentimiento del patriotismo; pues si bien cuando mediaba su interés, aquella raza servil y rencorosa apelaba á la autoridad del César, no por eso dejaba de alimentar un odio implacable y sangriento contra sus dominadores, y no perdonaban por lo tanto á la hermosa hebreá la predi-

(1) El Thalmud, el cual añadia que las puertas de este paraiso eran Bethsan ó Sithopolis.

leccion que mostraba por ellos, ni su apego á los hábitos y á las costumbres de su fastuosa civilizacion.

Así es, que su nombre fué en breve un título de oprobio, no designándose la nunca sin algun epíteto ofensivo, como pecadora de la ciudad, escándalo de Israel, ú otro análogo.

Ella por su lado, al verse abandonada por la parte que se tenía por juiciosa en la sociedad, y pagando su odio con el mayor desprecio, se rodeó de todo lo mas brillante de la juventud judía, que fascinada de su ingenio, de su beldad y de su opulencia, la compensaban con su adoracion, del desdén que inspiraba á sus madres y sus hermanas.

Habian pasado las fiestas de los Tabernáculos; y Mirjhan, seguida de su alegre corte, habia dejado la ciudad, para pasar la estacion de los calores en las frondosas márgenes de Tiberiades, en su castillo de Magdala.

Una noche, mientras en la sala del banquete resonaban los cantos de los comensales y las armonías de brillante música, Mirjhan, fatigada tanto de espíritu como de cuerpo, se retiró á su cubículo ó gabinete particular, y se tendió en un lecho ó divan de púrpura, despues de dar con una varita de plata en una campana de bronce colocada sobre su tripode dorado en medio del salon.

En seguida mirando la clépsida de agua, colocada junto á la campana, murmuró con desaliento:

— ¡Oh! ¡parece que tiene alas de plomo el tiempo! ¡Días largos, noches eternas, qué existencia tan cruel!

Dicho esto, dió un suspiro y dobló tristemente la cabeza.

Sin embargo, á juzgar por la alegre música que venia del interior y por la grandeza y el esplendor que reinaban en la habitacion que ocupaba, no hubiera podido creerse que pudiera alcanzar el tédio á herir de aquel modo su alma.

En efecto, formaban el pavimento de la pieza simétricas baldosas de mármol, colocadas en caprichosas figuras; y en el centro, se levantaba una fuente de pórfido representando una flor, de la que caía sobre un ancho pilon de lo mismo, un agua pura y cristalina. Las ventanas abiertas en arco se hallaban adornadas por lujosos marcos de cedro tallado, que sujetaban las « piedras especulares » que daban paso á una luz tenue y delicada, y los muros revestidos de olorosas maderas preciosamente trabajadas, formaban cuatro grandes cuadros que ostentaban en sus centros cuatro láminas de bronce con varitas de plata, y en los que reflejaban los perfumados mecheros de cuatro candelabros de bronce, formando un mar brillante de luz y de esplendor.

Al pié del blando asiento de púrpura en que se encontraba sentada, se veían tendidas pieles de panteras y tigres, y á cada lado del mullido lecho almohadones con borlas doradas, rellenos de suavísimo y fino plumon de cisne.

En grandes vasos de plata se quemaba en los ángulos la aromática resina de Gilead, con la que se hacia el célebre apobálsamo que ostentó en su triunfo el gran Pompeyo, y que mas tarde llevaron tambien como una preciosidad á Roma Vespasiano y Tito.

Todo respiraba en aquella pieza el buen gusto y la voluptuosidad de una jóven apasionada y rica.

Era en efecto rica, pero mas que rica hermosa; uno de aquellos prodigios que hace de tiempo en tiempo la naturaleza, para mostrar la extension de su poder y recrearse en su obra.

Ligeramente morena, con unos ojos grandes y negros, ora anegados en sombra de inmensa tristeza, ora derramando efluvios de pasion y de fuego, los labios de mórbida frescura siempre entreabiertos provocativamente, la nariz fina, y una abundantísima y negra cabellera, rematando el perfecto óvalo de su precioso rostro, hacian de ella el tipo mas perfecto de la belleza hebreá.

La muelle languidez de sus movimientos, la indolente elegancia de sus maneras, y en fin, todo su ser, revelaban una de esas naturalezas ardientes, ávidas de emociion y sentimiento, en que la primera necesidad es la de amar, ya en realidad ó en sueños, en el mundo ó fuera de él, sea por bien ó por mal.

Con una imaginacion exuberante y rica, y un carácter independiente y franco, hasta el punto de odiar todo disimulo lo mismo en la virtud que en el vicio, y dotada de un fondo inagotable de ternura, de bondad y de nobleza, era Mirjhan una de esas naturalezas excepcionales capaces de elevarse en el sacrificio y la abnegacion hasta el heroismo, y en sus pasiones hasta el escándalo.

Antes de que se apagara el eco del timbre, entraba con la sonrisa en los labios su sierva predilecta, Tirsá, que era una hermosa egipcia, la cual arrodillándose á sus piés dijo con dulce acento:

— ¿Qué quiere mi señora!

— ¡Este manto me ahoga... suéltamelo! ¡Los brillantes de esta diadema me hieren la frente, quitámela! ¡Las anillas de los piés me oprimen, aflójalas! ¡Oh! ¡todo me pesa y me cansa!

La jóven, poniéndose en pié, fué haciendo lo que la decia su ama, murmurando:

— Lo que á tí te fatiga, ¡oh flor de Genezareth! no es tu « teristro » de verano, ligera como una pluma, ni la mitra con sus limillas y bellotas de color, tan artificiosamente trabajada para tu frente: ¡No, señora mia! ¡Lo que á tí te fatiga, es el hastío que te devora el alma!

— ¡Puede ser! Pero el caso es que ha llegado á irritar de tal modo mi sensibilidad, que todo me ofende y me hiera. Por ejemplo, en este momento mismo me está mareando el olor de tu piel.

— Es imposible, señora. No hace dos horas que he salido del baño, y me he lavado las manos al llegar aquí.

— Sí, pero no te habrás perfumado.

— Es verdad... por no hacerte esperar, señora.

— Pues ve al instante á mi tocador y date alguna esencia.

La muchacha salió y no tardó en volver, diciendo con maliciosa sonrisa:

— Cayo Tulio Assirio, tribuno del ejército y patriocio romano, pide audiencia de despedida á mi señora, Mirjhan de Magdala, hija de Syr.

— Tráele aquí, pero aflójame antes las cintas de estas sandalias que me oprimen demasiado.

— Pues no están muy ceñidas, murmuró la jóven haciendo como que aflójaba, mientras decia: A bien que si mi señora acogiera los suspiros de ese ilustre romano, jóven, hermoso, rico, no la darian tanto que hacer las cintas y las diademas, ni pasaria gimiendo las noches.

— ¡Despacha, habladora!

La jóven marchó, mientras la bellísima judía decia para sí:

— ¡Los unos se van, los otros se vienen y todo cambia y perece! ¡Triste destino de la humanidad, no tener una cosa fija en qué poner su alma!

Al poco rato entró un jóven como de veinte y ocho años, alto, blanco, de cabellos y ojos negros, frente espaciosa y altiva, nariz cesárea, y revelando en todo su porte uno de aquellos orgullosos patricios romanos que llevaban en los pliegues de su toga los destinos del mundo.

— Los dioses inmortales guarden á la perla de Judea, dijo saludando á la jóven.

— ¡El Dios de Israel proteja al noble Tulio Assirio! respondió ella.

En seguida le alargó uno de los almohadones para que se sentara á sus piés.

El jóven, tomando asiento dijo:

— El augusto emperador me llama á Roma para mandar uno de los ejércitos de las Galias. La legion sirriaca que ha de acompañarme, me espera en Joppe, pronta á embarcarse en los trirremes que esperan mis órdenes. Tengo pues que partir al punto, pero, Mirjhan, te amo; y si quieres, retardaré mi salida, hasta tomarte, segun tus ritos, por esposa.

— ¡Gracias, noble Tulio! pero no puedo.

— ¡Oh! yo no he de hablarte como á una mujer vulgar de las cohortes de esclavos que trabajan mis grandes bienes de Campania y Africa; no he de enorgullecarme á los piés de una mujer que adoro como una diosa de mi raza que desciende de los dioses, ni de mis derechos curales, ni de los brillantes destinos que me predican los Arúspices sagrados; pero si quiero declararte la profunda pasion con que te amo; la constancia con que hace dos años te dedico todos mis pensamientos y deseos, y la seguridad que tengo de hacer tu ventura con mi adoracion y mi culto.

— ¡Gracias, noble Tulio, gracias! murmuró tristemente la jóven.

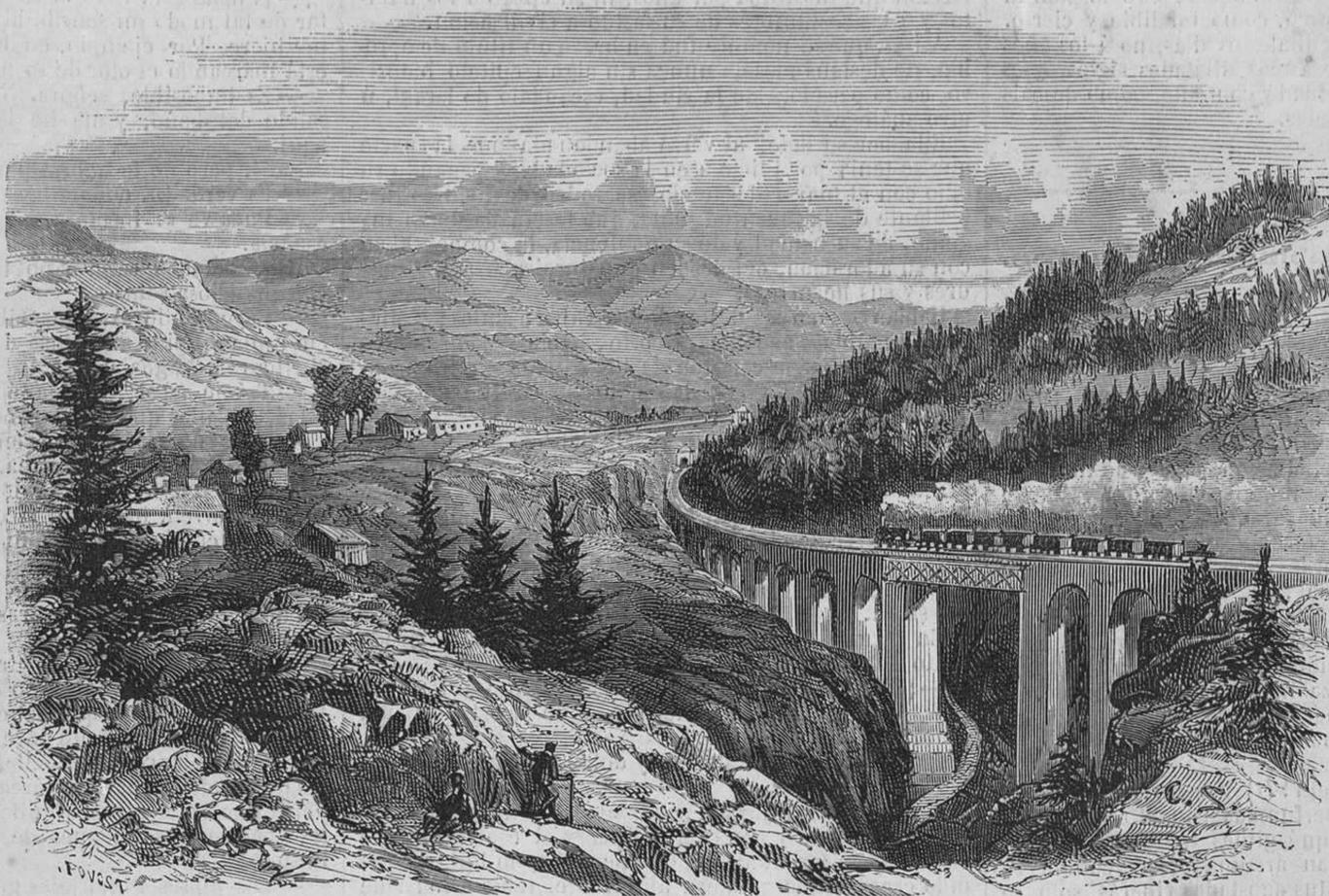
— ¡Déjate de gracias, Mirjhan! ¿Por qué este fuego en que me abrazo no ha de lograr encender la llama del amor en ese corazon misterioso? ¿Acaso esos ojos que parecen arder como el Ethna en sus horas de tormenta; esas sonrisas que brotan amor y placeres, y mas dulces y voluptuosas que las auras del Pindo, acaso todo ese hechizo que en tí respira pasion, ternura y sentimiento, no son mas que mentidos encantos, como las falsas luces que extravian al viajero en las lagunas Meótidas?

— ¡No, generoso Tulio! Yo he nacido para amar, es cierto. ¿Pero á quién, cómo, dónde? ¡Hé ahí lo que ignoro yo misma, y que probablemente moriré ignorándolo! Lo que si te aseguro es, que si hubiera un mortal á quien yo pudiera entregar mi alma, ese mortal seria Tulio Assirio. ¡Pero mi corazon es un misterio, misterio que no ha conocido nadie hasta ahora; pero como el único hombre cuya estimacion me interesa y cuyos buenos recuerdos deseo, va á partir tal vez para siempre, la triste hebreá tendrá mucho placer en depositar en su noble pecho el secreto que amarga su vida para que la compadecza y la olvide!

— ¡Habla, hermosa Mirjhan. Tu acento melancólico y dulce, resuena en mi corazon como el moribundo gemido de la arpa Eolia!

— Yo nací noble y rica y quedé huérfana muy niña, en compañía de mis dos hermanos queridos Martha y Lathzaharr. Lathzaharr es un verdadero israelita, uno de los pocos, muy pocos varones que no se contentan con aparecer justos y piadosos, sino que trabajan por serlo mas cada día. Pero juzgando á los demás por su sinceridad, profesa al Sanhedrin tan supersticiosa autoridad, que lo que él condena, aborrece; y lo que él ensalza, adora; sin considerar que principiando desde ese viejo y avaro zorro Ananías, cuya familia parece que ha vinculado el pontificado y la autoridad del templo, hasta los últimos sacerdotes, no son mas que unos hipócritas que se rien de su credulidad y de la de otros como él. Martha por su parte, es un alma hermosa, que sin mas amor ni mas ambicion que amar á Dios y cumplir su ley, y sacrificándose por todo el mundo, vive entregada completamente á su hermano, á quien oye y respeta como á un padre. Por lo demás, uno y otro me quieren tan sinceramente como yo les quiero

á ellos; y si algunos al vernos separados han llegado á sospechar que se han róto los lazos de nuestro cariño, se han equivocado. Pero mi irrespetuoso desdén á esos pontífices venales, hechuras y aduladores del César; mi incredulidad por las supersticiosas prácticas con que han adulterado la ley de Moisés, y mis costumbres libres é independientes, chocaban con la austeridad y la rigidez de Lathahair; y como por otra parte, vino á provocar sus escrúpulos, la especie de excomunion que lanzaron contra mí los sacerdotes y fariseos, comprendí que no le pesaría mi separación, por lo cual dejé la casa paterna, pero en buena armonía y amistad. Mas si el respeto que mostraban á mi hermano no fué bastante á contener el odio que me profesaban mis



Ferro-carril de Aurillac á Murat (Francia). — Vista de la cuesta de Lioran del túnel por el lado de Aurillac.

Ferro-carril

DE AURILLAC Á MURAT

El 11 de noviembre de 1866 la capital de la Alta Auvernia hacia su primer empalme al ferrocarril con la apertura de la línea de Aurillac á Figeac; los tres dibujos que publicamos hoy están tomados en la línea de Aurillac á Murat, que se abrió el 20 de julio de 1868.

La parte de la vía férrea que pone en comunicación Aurillac con Murat es una de las más interesantes de Francia, ya por los paisajes del camino, ya por las dificultades que ha sido preciso vencer para hacer la obra. Al ver que el railway circula como una gigantesca serpiente al través de las más altas montañas de la Auvernia, siguiendo las sinuosidades todas del camino, pre-



Túnel del Lioran.



Viaducto del Passadon.

enemigos, figúrate, Cayo Tulio, con qué furor se desencadenarían contra mí, al verme separada de él. Baste decirte, que ellos, los esclavos de Roma, tuvieron valor para llamarme «la romana;» que ellos los que viven de la sangre y del honor de las huérfanas y viudas, me expusieron á la vergüenza pública con los nombres de «pecadora de la ciudad y escándalo de Israel.»

Al decir esto, la hermosa judía enjugó una lágrima que corría por sus ojos.

Cayo Tulio, tomando su mano exclamó con vehemencia:

— ¡Pues bien, Mirjhan, dí una palabra, y ven conmigo á Roma. Tiberio es deudo mio, y antes de las Kalandas de junio, volveré, si quieres, de presidente de la Judea, arrojando del puesto que tan mal ocupa á ese taimado de Pontio. Entonces todos esos orgullosos pontífices y senadores, fariseos y escribas, tendrán á gran honor echarse á los pies de la pecadora de la ciudad!

— ¡Gracias, Cayo Tulio, gracias! Lo que yo quisiera aceptar de tí, es ese noble corazón, digno de una mujer mejor que esta infeliz. En cuanto á mis enemigos, es tal el desdén que me inspiran, que aunque fuera rencorosa y tuviera medios de vengarme, no lo haría por no ocuparme de ellos. ¡Ay! ellos han hecho de una religión de amor y de espíritu, una escuela de fórmulas, de ceremonias y de materialismo grosero. ¡Lavarse de este ó de aquel modo, rezar en esta postura ó la otra, hé ahí todos sus deberes! ¡Mucha exterioridad, mucha hipocresía, y no hay crimen que no disculpen torciendo algún texto, desde la calumnia á la fornicación, desde el robo al asesinato! ¡Tales hijos de tales padres, que no han tenido sabio que no hayan perseguido, ni santo que no han calumniado, ni profeta que no hayan apedreado! ¡Pero no sé Tulio, por qué te hablo de estas cosas que tan indiferentes deben ser para un extranjero!

(Se continuará.)

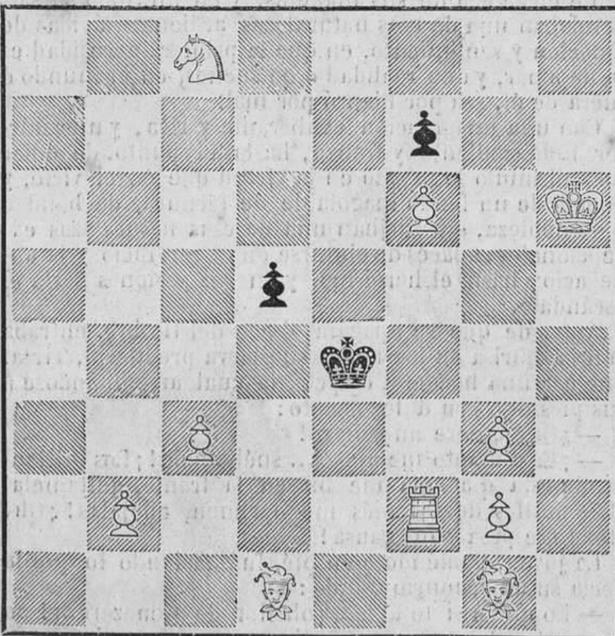
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 296.

- 1 T 4ª TRª R toma C
- 2 T jaque R juega
- 3 C 8ª R jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 297, POR M. VICTOR GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

ciso es rendir homenaje á la habilidad de los ingenieros de la compañía de Orleans, que en menos de dos años ha dado por concluidos los trabajos.

Todas las obras de arte se han reunido en ese rincón de tierra: una mancha verde en medio de la Francia. Las montañas aparecen perforadas como una manzana por un clavo, y el Lioran, uno de los grandes contrafuertes del Plomb del Cantal, ofrece la particularidad, quizá única, de que le atraviesan dos túneles, el primero de 1,400 metros, hecho hace más de veinte años, en el camino imperial (en uno de nuestros dibujos se representa enfrente del ferrocarril), y el segundo de 1,956 metros, á unos 30m más abajo del otro.

Al salir del Lioran, la línea se pierde cruzando por en medio de los abetos que crecen por todas partes en las cuestas y cubren con su sombría enramada lo mismo las cumbres que los valles.

Ahí es donde se admiran los viaductos de la Gouillère, de la Aiguille, sobre todo del Passadon, uno de los más notables que hay en el Cantal. Toda la obra es de piedra de sillería, desde la base de los estribos que parecen deslizarse sobre un suelo escarpado é inaccesible hasta las bóvedas que llegan á extraordinaria altura, formando encima una vía magnífica. Este puente, perdido en medio de austeras soledades y destacándose á una elevación de 44 metros sobre el verde de los abetos, ofrece un aspecto imponente.

Por majestuosa que sea la montaña, no puede uno menos inclinarse ante el genio del hombre, que en su lucha contra la naturaleza rivaliza con ella en grandeza.

Los declives y las curvas que presenta el camino imponen á los trenes una marcha lenta, á cuyo beneficio el viajero puede contemplar los verdes anfiteatros de la selva, el barranco en donde se precipita la cascada y la peña que asoma por todas partes sus erguidos picos. Puede decirse que el viaje es un verdadero tren de recreo para la vista.

H. V.